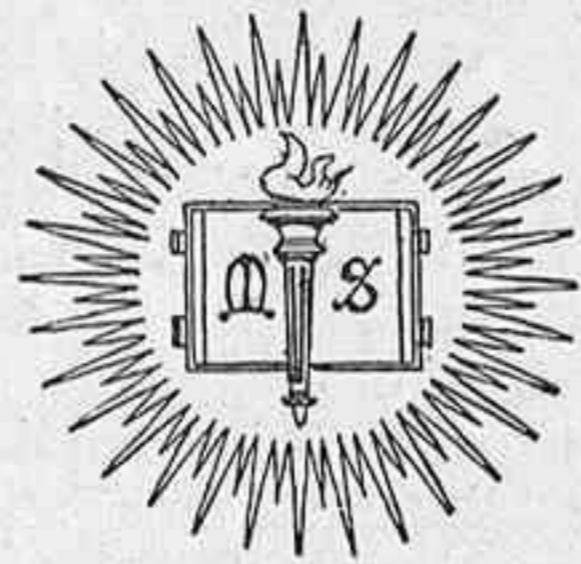


La Ilustración Artística



Artística

Año XXXII

← BARCELONA 30 DE JUNIO DE 1913 →

Núm. 1.644



LABRIEGO DE CASTILLA LA VIEJA, cuadro de Ignacio Zuloaga

SUMARIO

Texto. - De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. - *Con la magia de la fantasía*, cuento de Julio Hoyos. - *Moscú. El tricentenario de los Romanoff*. - Berlín. *El 25.º aniversario del reinado de Guillermo II*. - La Granja. *Bautizo de S. A. R. el infante D. Juan*. - París. *Fiestas franco-españolas*. - Berlín. *Inauguración del grandioso estadio para los Juegos Olímpicos*. - Manila. - *Una sesión en la Cámara de Diputados filipina*. - Barcelona. *Primer Congreso de Médicos de la Lengua Catalana*. - El Concurso hípico. - Madrid. *La Fiesta del Idioma*. - Los Fabrecé (novela ilustrada; continuación). - La campaña de Marruecos. - D. Manuel Láinez. - Libros. - Madrid. *El circuito del Guadarrama*.

Grabados. - *Labriego de Castilla la Vieja*, cuadro de Ignacio Zuloaga. - Dibujo de Opisso, ilustración al cuento *Con la magia de la fantasía*. - *Busto*, escultura de Manuel Fuxá. - Moscú. *La visita de los soberanos al Kremlin*. - Berlín. *Nueva corbata para la bandera del tercer regimiento de Guardias de Corps*. *Retrato del emperador*. *Los niños de las escuelas*. - *Notas de La Granja, París, Berlín, Manila, Barcelona y Madrid*. - *Los últimos días de Andrés Chenier*, escultura de A. Benoit-Levy. - *La Humanidad amparando a las víctimas del trabajo*, escultura de E. D. Gauquié. - *Tetuán. Llegada de la artillería montada de Ceuta*. *Baterías emplazadas en la Alcazaba*. *El comandante general del Garb Sr. Fernández Silvestre*. - Barcelona. *Llegada de D. Manuel Láinez*. - Madrid. *El circuito del Guadarrama*.

DE BARCELONA. - CRÓNICAS FUGACES

Otra vez San Juan, San Pedro, las verbenas, las noches claras y radiantes, los fuegos infantiles... ¿Verdad que el mes de junio parece abstraerse y resumirse en nuestro recuerdo como una sensación de luz de oro sobre transparencias nocturnas, entre olor de claveles y albahacas? ¡Las fogatas de San Juan! He aquí uno de estos misterios folklóricos que, a través de las centurias incontadas, eslabonan la cadena de la tradición y hacen llegar a la vida moderna la llama vacilante del mito alrededor del cual se formó la ciudad antigua...

La otra tarde tomé el tranvía de las Rondas, poco antes de la puesta del sol. Alegres corros infantiles, en las plazas, en los cruces de las grandes arterias de la ciudad, señalaban el sitio dispuesto para las piras que debían arder algo más tarde. Allí acudían otros niños, con su aportación de combustible: maderas viejas, muebles desvencijados, sillas rotas, restos de un ajuar ahora pretérito que presidió algún día a la felicidad de los hogares nuevos y de las parejas ilusionadas y venturosas. Una de esas piras, junto al salón de San Juan, ofrecía aspectos monumentales y recordaba las arquitecturas a la vez intuitivas y regulares que fabrican ciertas especies zoológicas dotadas de sociabilidad y agrupadas en falansterios. Poco a poco había subido la torre inmensa y como remate de las tablas carcomidas y de los despojos, un maniquí de mimbre destacaba triunfante sobre la cúpula.

No faltaba más que la señal de encender la cerilla. Y los pequeñuelos aguardaban ese instante con la bulliciosa impaciencia de las celebraciones anuas. ¡Oh, fuego alma del mundo! ¡Oh, fuego de purificación, virginal y alegre que regocijas a los niños con tus llamas fantásticas, donde danzan todas las creaciones de la fantasía y la leyenda! Media hora después la cerillas ardieron, las maderas empezaron a crepitar, el humo ascendió por encima de los edificios y las grandes hogueras de oro esmaltaron, vistas panorámicamente, el fondo violeta obscuro de la ciudad sumergida en sombras crepusculares. Y dos horas después no quedaba de todo ello más que un círculo negruzco en la calle y unas brasas dispersas, que se extinguían, como pupilas misteriosas, en la noche eterna de lo que fué.

* *

La verbena empezó con su animación de siempre, con su grato rumor de expansión, con su ir y venir de coches, de autos, de tranvías. Cada colmado, cada confitería era una exposición de tortas y golosinas. Los puestos al aire libre despedían también la fragancia de sus pastas recién sacadas del horno, confundida con la de las flores de junio. Desde la cumbre del Tibidabo, la iluminación de los hoteles y restaurantes llamaba a la gente con la fascinación extraña que el derroche de luz ejerce sobre los mortales, tentándolos con la promesa de vagas e imprecisas magnificencias y aventuras. Hombres, mujeres y niños, familias enteras, unos a pie, otros con sus vehículos lujosos o modestos, discurrían en todas direcciones ávidos de gozar esa noche a la vez ingenua y ardiente...

* *

Y, no obstante, la tragedia latía y vigilaba en un rincón de la ciudad, y no había de tardar muchas

horas en asomar su cabeza de Medusa. ¡Esa guerra de Marruecos! ¡Esa fatalidad sin solución!

Porque ningún nombre le cuadra tan completamente como ése de fatalidad. Trátase de una acción que el país no siente con ardor nacional, que no hace vibrar las fibras patrióticas, que ha costado ya mucha sangre y muchas lágrimas y que la gente mira con desvío, por no alcanzársele las ventajas remotas o próximas de su objetivo. España tropieza para tales empeños con una contrariedad insuperable; la falta de preparación y orientación del criterio público en este orden de materias tan arduas y difíciles. El problema marroquí no interesa nuestro patriotismo, no viene asistido del sentimiento nacional y, sin embargo, implica un compromiso de Estado ineludible. He aquí el nudo, la dificultad, el drama paoroso de la cuestión.

Porque es muy obvio declamar contra la guerra y aun aconsejar, lejos de las responsabilidades del poder, el abandono inmediato de Marruecos. Pero estas soluciones simplistas, que arrastran a las muchedumbres y seducen a las inteligencias no cultivadas, ¿pueden servir para algo más que para complicar el problema y añadir a las dificultades exteriores las de la agitación interior, añadiendo a la guerra africana el peligro de la guerra social en la Península y, so pretexto de pacifismo, extender el círculo de la discordia y el número de sus víctimas?

En ocasiones como la presente es cuando se reconoce todo lo que falta de perseverancia y esfuerzo para educar políticamente a nuestro país y organizar en él una verdadera opinión pública que sepa distinguir lo quimérico de lo posible, lo ilusorio de lo real. ¿Puede pensarse seriamente en un abandono inmediato de Marruecos? ¿Habría pueblo alguno del mundo, por decaído y pesimista que se le suponga, por deprimido y sin esperanza que se manifieste su espíritu nacional, que se aviniese a una renuncia semejante? Y, además, ¿se ha pensado seriamente en cuáles habrían de ser sus consecuencias? Porque no basta ordenar a nuestras tropas que atraviesen otra vez el Estrecho y se restituyan a sus acantonamientos de la Península. Si se cree que con esto está salvado todo, valientes pensadores nos han salido para nuestra futura regeneración. La realidad no se presenta así, tan obvia, tan fácil, tan asequible a estos arreglos infantiles. Es mucho más compleja y abstrusa que esa mentalidad primitiva y de escuela de párvulos según la cual todo puede reducirse a formas absolutas y rectilíneas de sí o no, de luz o de sombra, de bien o de mal...

* *

Véase, por ejemplo, cómo han contestado en la República portuguesa sus actuales gobernantes, los mismos que hace cuatro años sostenían allí, en frente del poder constituido, una posición análoga a la de los agitadores españoles de este momento; véase, repito, cómo han contestado a la insinuación de peligro para sus colonias, a la insinuación de determinados abandonos o ventas disfrazadas. Y es que una cosa supone predicar y otra dar trigo; una cosa es captarse las simpatías de las masas con predicaciones que halaguen su generosidad y su sentimentalismo, y otra cosa muy distinta poder realizar y atreverse a realizar desde el gobierno, a la vista de las dificultades y presiones exteriores, ante los compromisos de la responsabilidad personal y directa, espiados por el ojo inexorable de la historia y midiendo todos los inconvenientes y todas las ventajas, esas evoluciones rectilíneas, elementales y primitivas.

* *

En ese problema de Marruecos hay, ante todo, una imposición histórica que viene a serlo indirectamente de la geografía. La vecindad, que no hemos escogido nosotros, cuando se trata de civilizaciones tan distintas impone deberes y roces que sólo pueden declinarse mediante una humillación y encargándolos a otra potencia que, por el mero hecho de suplir nuestra incapacidad y falta de brío, viniera a asumir tácitamente nuestro protectorado. En segundo lugar la acción que allí desarrollamos tiene un aspecto de obligación contractual, convenida y establecida en un tratado. Y, en último término, aunque ese tratado pudiera ser objeto de renuncia, sin distinguos ni reservas, un acto semejante sería la declaración solemne de nuestra ineptitud, de nuestra miseria, de nuestra total anulación ante el mundo. Sería denunciarnos como presa probable a las ambiciones que vigilan y, abandonando la única puerta de expansión para mañana, atraer ya sobre las propias fronteras peninsulares la línea de peligro y de

codicia que una actitud más acometedora mantiene alejadas de ella...

* *

Esa es la verdadera realidad y complicación del asunto. Y he ahí las dificultades que a todo gobierno, en momentos críticos y que requieran esfuerzo belicoso, habrán de creársele. De ahí la facilidad con que explotando la parte impopular y no sentida de esa campaña, pero olvidando estudiadamente los males mayores que vendría a acarreamos una absoluta abstención, se promueven y organizan protestas, mítines, manifestaciones y disturbios estériles que no hacen sino aumentar el daño, pues ni triunfan ni pueden triunfar, ni logran otra cosa que hacer más vacilantes al ejército y a sus caudillos y retardar toda acción eficaz y decisiva.

* *

El calor se nos ha echado encima mientras tanto, y el desfile comienza. Ya hacia esta observación el año pasado, y en el presente he de ratificarla: eso de las imperiosas vacaciones va en gran aumento, y a medida que la lucha se hace más intensa y que las grandes poblaciones imponen su característico *surmenage*, se observa como un movimiento de defensa y reacción, y el veraneo se extiende.

Se extiende en el tiempo, adelantándolo tanto como se puede y retardando el regreso tanto como se puede también; y se extiende en el número de personas que quieren participar de sus beneficios. Estos días obsérvese en Barcelona un movimiento extraordinario. Los omnibus se dirigen a las estaciones completamente atestados; las carretas y carros con equipajes circulan de continuo y los mozos cargados con mundos y maletas los encontramos a cada paso. Todo revela ya ese momento de la emigración anual. En los centros, en las oficinas, en los despachos se trabaja con esa febril actividad que implica el deseo de dejarlo todo al corriente y tenerlo todo expedito para la marcha en el momento indicado. ¿Qué jefe niega su licencia de vacaciones cuando se le ha puesto al día los negociados y quedan limpios de atraso los pupitres?

* *

También se apresuran a liquidar sus últimas iniciativas la elegancia, el gran mundo y el mundo académico. Las corporaciones intelectuales celebran sus sesiones de despedida hasta el otoño; se dan las últimas conferencias, aparecen los últimos libros y publicaciones retrasadas, se reúnen los últimos congresos, se corren las últimas copas y campeonatos, se cierran las últimas tómbolas, *hermeses* y fiestas de caridad y parece que todo el mundo tiene prisa para que no le deje en tierra un tren o un vapor ignorado.

El hombre huye de sí mismo y quiere descansar periódicamente del peso de la vida: quiere dejar de ser actor y convertirse en espectador de la feria del mundo, por unas semanas o por unos meses; quiere actuar de rey de la creación, dándose el gustazo de que como esclavos le sirvan esos pueblos y playas que explotan la industria del viajero y la del veraneante.

* *

Para amar la ciudad, lector, es preciso abandonarla temporalmente. Para apreciar el sabor de ciertas mujeres escogidas es preciso una temporal ausencia en la soledad.

Y es allí, en esa soledad, junto al mar, tendido en la arena, o en medio de los bosques olorosos y estremecidos por su eterna sinfonía, donde la gran ciudad, donde la mujer única se nos aparecen radiantes y en triunfo, y más deseadas y adorables que nunca, aun con todos los tormentos y tragedias que en ellas o junto a ellas nos amenazan.

Vamos, pues, lector, a gozar de esos días de ausencia, de ausencia y de olvido. Vamos a perdernos por los senderos perfumados de las florestas que vieron abrirse nuestra imaginación de niños y que la nutrieron de visiones y leyendas.

Vamos a recorrer las sendas trilladas en la infancia, a despertar los ecos de otra edad, a recibir el saludo de unas aguas corrientes desde entonces, y desde antes, sin interrupción hacia la eternidad:

Feliz quien no ha conocido más río que el de su patria y duerme, anciano, a la sombra do pequeñuelo jugara!

MIGUEL S. OLIVER.

CON LA MAGIA DE LA FANTASÍA, POR JULIO HOYOS, dibujo de Opisso



→Por un poco de comedimiento, ama Virtudes, y aguarda a saber la opinión de Clara...

Así Dios me salve como era cierto que D. Diego de Bustamante había puesto toda la hidalga rectitud de sus propias miras en la conducta de su íntimo el noble Sr. D. Pedro Vargas de Machuca. Holgábase mucho de aquella amistad que honraba con su diaria visita el palacete blasonado en el capitel del portón con el escudo partido en dos cuarteles: el primero de oro y tres roeles de azul; el segundo de gules cruzado de dorada banda con dragantes de sinople y orlado todo él de azulada bordura en la que se erguía el triunfo de tres áureas flores de lis.

Estas nobilísimas armas encargadas de pregonar a todos los vientos la ilustre prosapia de la antigua casa Busta, eran el orgullo caballeresco de D. Diego y el origen de la decidida inclinación que, no en muy buen hora, cobrara nuestro hidalgo por los escarceos genealógicos y las investigaciones heráldicas.

A tal punto llevó su afición y tanto sorbióle el seso esta clase de estudios, que por completarlos y asegurarlos mejor vendió muchas anegas de tierra de sembradura y compró un sinnúmero de extravagantes antiguallas, con las que fué trocando en museo arqueológico las austeras y señoriales estancias de sus mayores. Y no fuera lo peor este cambio de aspecto, ni el abandono del decorado, ni el deterioro del menaje, si en ello no sufriese menoscabo el patrimonio del noble caballero; pero fué el caso que aquellos adminículos anejos a la heráldica, conforme medraron el museo fueron mermando la hacienda.

Con muy atinadas razones avisábale de este riesgo el ama Virtudes; escuchábala siempre D. Diego porque el ama Virtudes tenía allí su influencia bien asentada; habiase casado nuestro buen hidalgo friasando ya en los cincuenta con una dama de muy principal alcurnia, como requería su abolengo, a quien al año del santo desposorio se la llevó el Señor a gozar de mejor vida, dejando, para memoria de su paso y consuelo de su esposo, una linda rapazuela que fué bautizada con su nombre. Llamáronla Clara, como a su madre, y en este punto entró el

ama Virtudes al servicio de D. Diego, convirtiéndose luego, con ayuda del tiempo y de su buena condición, de nodriza para la niña en señora de gobierno para la casa.

Pero aunque el caballero Bustamante la escuchaba, siempre torcía el gesto porque ya sabía la muletila de su ama: «Mire, señor, que el tal D. Pedro va a ser la causa de su ruina»; y el tal D. Pedro era nada menos que el Sr. Vargas de Machuca, el más noble de toda la nobleza toledana.

Clara abundaba en la opinión de su antigua nodriza, y por sí no eran bastantes sus propias sospechas, las afirmaban mejor las bocas populares rumiando por toda la capital toledana que el Sr. Vargas de Machuca se iba apoderando bonitamente de la hacienda de su amigo con el pretexto de aquellas ventas arqueológicas de las que era exclusivo proveedor.

Seguramente menos que el ama hubiese adelantado en este negocio la hija de D. Diego, pues tan enfrascado se hallaba su señor padre en las cosas genealógicas, que para él perdió el tiempo su natural carrera y pensaba, o poco menos, que aun su hermoso pimpollo se venía sirviendo de las opulentas ubres de su ama.

Por todo lo cual, y las anteriores razones expuestas, no sentía inquietud por la suerte de su hija; no le inquietaba, no, que ya él, a su debida hora, le depararía un esposo de sangre noble, como debía ser para la pureza de su casta. Como para D. Diego se dividía la humanidad en nobles y plebeyos, de aquí que se holgara tanto de la visita de Vargas, y así que le dejaba diariamente al toque del Ave María, o al de las Animas, servíase de pasar a la mesa, en donde aguardaba la olla de *algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, lentejas los viernes*, y con especialidad *duelos y quebrantos los sábados*, pues pese a la orden de Benedicto XIV que derogó esta costumbre, aun quedaba en pie un hidalgo de gotera velando por el mantenimiento del arquetipo manchego, a quien montó sobre el corcel de la Glo-

ria aquel otro ingenioso hidalgo, D. Miguel de Cervantes Saavedra, a cuyo nombre, con tu venia o en tu compañía, permíteme, lector, que me descubra.

La historia del famoso caballero andante era para D. Diego una sagrada Biblia en donde aprendía las más discretas experiencias; y todas las noches, cuando el ama Virtudes recogía los manteles, era abierto el glorioso libro y leídas las inmortales páginas.

Mas he aquí que una noche se interrumpe la habitual costumbre de la lectura para dar ocasión a que D. Diego las hiciese partícipes de una gran noticia... ¡Válgame Dios y así como la oyó el ama, qué manera de aspaentarse, clamar al cielo y estrechar a su Clara entre besos y lágrimas! ¿De modo que el raposo gavián, no contento con irse apoderando de la hacienda, quería ahora robar el único tesoro de la casa?.. Y protestaba amargamente:

— No, mi amo y señor; ¿cómo vamos a entregar a ese viejo zorro esta cándida paloma, esta dulce cordera por quien mis pechos se secaron y mis ojos se humedecen.

— Pon un poco de comedimiento, ama Virtudes, y aguarda a saber la opinión de Clara, que no espero se distancie un punto de la mía, pues bien sabe ella que ni con un candil pudiera hallar un esposo tan bien heredado ni de sangre tan noble como la de D. Pedro Vargas de Machuca.

Pero la hermosa doncella, bien por la aversión que al de Vargas profesara, bien por la diferencia de edad que entre ambos existía, o por otras razones que pudiesen ser secretos del corazón, ello fué que no secundó la opinión paternal.

— ¡Casarme yo con D. Pedro, padre mío! ¿No ves que es ventruado como un sapo, que sus dientes son horribles, ralo su cabello, patizambas sus piernas y de una edad muy a propósito para forrar panderos con su piel?

— Si no tienes otros reparos que abogar, sabe y entiende, hija mía, que hombre vivido es buen marido; que con el tiempo la hermosura acaba y la nobleza gana, y para que te decidas a desechar esos

ramilgos, oye lo que le dijo Sancho a Don Quijote, en estos o parecidos términos: «No es tan hermosa mi señora Dulcinea como vuestra merced dice, que yo la vi y me pareció que por un ojo le manaba aceite y por el otro vinagre.» A lo que Don Quijote respondió: «¡Pecador de ti! ¿Qué estás diciendo? No era lo que tú dices, sino ambrosía y ámbar líquido. — Pues a mí no me lo pareció, replicó Sancho. — Pues debió parecértelo, replicó Don Quijote, y si algún defecto la hallares, corrígelo con la fantasía a medida de tu deseo y la tendrás como el mayor dechado de perfecciones.»

Peró yo pondría toda la buenaventura que en Dios espero, contra un solo ardite, a que la hija de Bustamante no podía corregir a nadie con la fantasía, porque ella, y el pensamiento y el corazón, anidaban ya colgados del alma de un doncel que todas las noches paseábase junto a la celosía del palacete, por donde la gentil damita veía platear la luna sobre las aguas del Tajo.

Así fué, en efecto, como vinieron a demostrarlo los sucesos siguientes: corrido y amoscado D. Pedro por las calabazas de Clara, juró no volver a sentar sus reales en casa de D. Diego, y apurado éste por el desgaste de su hacienda, viéndose privado de recurrir al préstamo del amigo, creyó conveniente, con gran quebranto de su alma, llamar a un entendido anticuario para justipreciar y vender algunas joyas del portentoso museo. Mas ¡cuál no sería el asombro de D. Diego al oír la noticia de que todo cuanto allí se amontonaba eran bastardos apócrifos, y por lo que él pagara muchos miles de pesetas apenas podían ofrecerse algunos cientos de reales! ¡Bendita sea la divina gracia, y qué embrollo de idas y venidas de casa de Bustamante a casa de Vargas y viceversa!..

En fin de cuentas, se encargó un joven letrado del negocio, y tal maña se dió, que el ladino D. Pedro Vargas de Machuca hubo de deshacer las ventas, devolver el dinero amén de los daños y perjuicios y un buen pico más en calidad de almacenaje de los trastos.

El día en que Bustamante esperaba al abogadillo para retribuirle de sus trabajos, llamó al ama y a la hija para decirles que el letrado no pensaba cobrar un céntimo, porque él defendía lo justo solamente por deber.

— ¿Veis qué acción? Si yo fuera rey ahora mismo le regalaba un condado o le añadía un león de gules en el escudo.

— Ese es, padre mío, el que ha robado la luz a mis ojos, que cegaron de amor desde que vieron los suyos. Recompénsale con tu bendición en mi compañía.

— Si no tuviese todos esos dones, padre mío, corrígelo con la fantasía.



Busto, escultura de Manuel Fuxá

Quedóse mohino nuestro hidalgo y preguntó, como si hubiese topado con la solución:

— ¿Al menos, hija, habrás averiguado si corre sangre noble por sus venas?

— Señor, sangre noble debe de ser la que pasa por un corazón tan lleno de nobleza. Compare su conducta con la de D. Pedro y dígame, por Dios, cuál vale más.

— Digo que tenéis razón, que accedo y que me habéis fortalecido el espíritu, pues de esta experiencia saco, en provecho de todos, que más valen buenas acciones para el ánima, que nobles blasones para el escudo.

MOSCOU

EL TRICENTENARIO DE LOS ROMANOFF

Para solemnizar el tricentenario del advenimiento de la dinastía de los Romanoff al trono de Rusia hanse celebrado en todo el Imperio grandes fiestas.

El tsar, acompañado de la tsarina, del tsarevitch y de los miembros de la familia imperial y de todos los dignatarios ha visitado con este motivo las principales ciudades rusas, entre ellas Vladimir, Nijni Novgorod, Kostroma y Moscou.

En Nijni-Novgorod, el emperador puso la primera piedra del monumento al príncipe Pedro Pocharsky y desde allí y por el Volga dirigióse a Kostroma, en cuyas inmediaciones visitó el monasterio de Ilatief, en donde se refugió en 1613, huyendo de los polacos, Miguel Teodorovitch, fundador de la dinastía, y en donde le fué ofrecida la corona por los delegados moscovitas.

De las fiestas celebradas en Moscou, la más solemne fué la recepción que se efectuó en el Kremlin, el día 7 de este mes, aniversario del nacimiento de la emperatriz Alejandra, y a la cual asistieron los grandes duques, las grandes duquesas, numerosas diputaciones procedentes de todos los puntos del Imperio y delegaciones de la nobleza de los cuarenta y cuatro gobiernos.

El mariscal de la nobleza de Moscou, en nombre de todas las asambleas provinciales nobles, leyó un mensaje protestando de su inquebrantable fidelidad al soberano. Éste contestó agradeciendo a la nobleza su amor y su lealtad, manifestando que su viaje por las antiguas ciudades rusas le ha demostrado que subsisten todavía los vínculos que en los pasados tiempos unían al pueblo y al tsar, y afirmando que las tradiciones mantenidas y transmitidas intactas por los tsares, continuarán asegurando, en el porvenir, la salud de Rusia.

Después los soberanos y su acompañamiento asistieron al servicio divino que se celebró en la catedral de Upersky y terminado el cual visitaron el convento de Tchondiff, la exposición histórica y la antigua iglesia de la casa de los Romanoff.

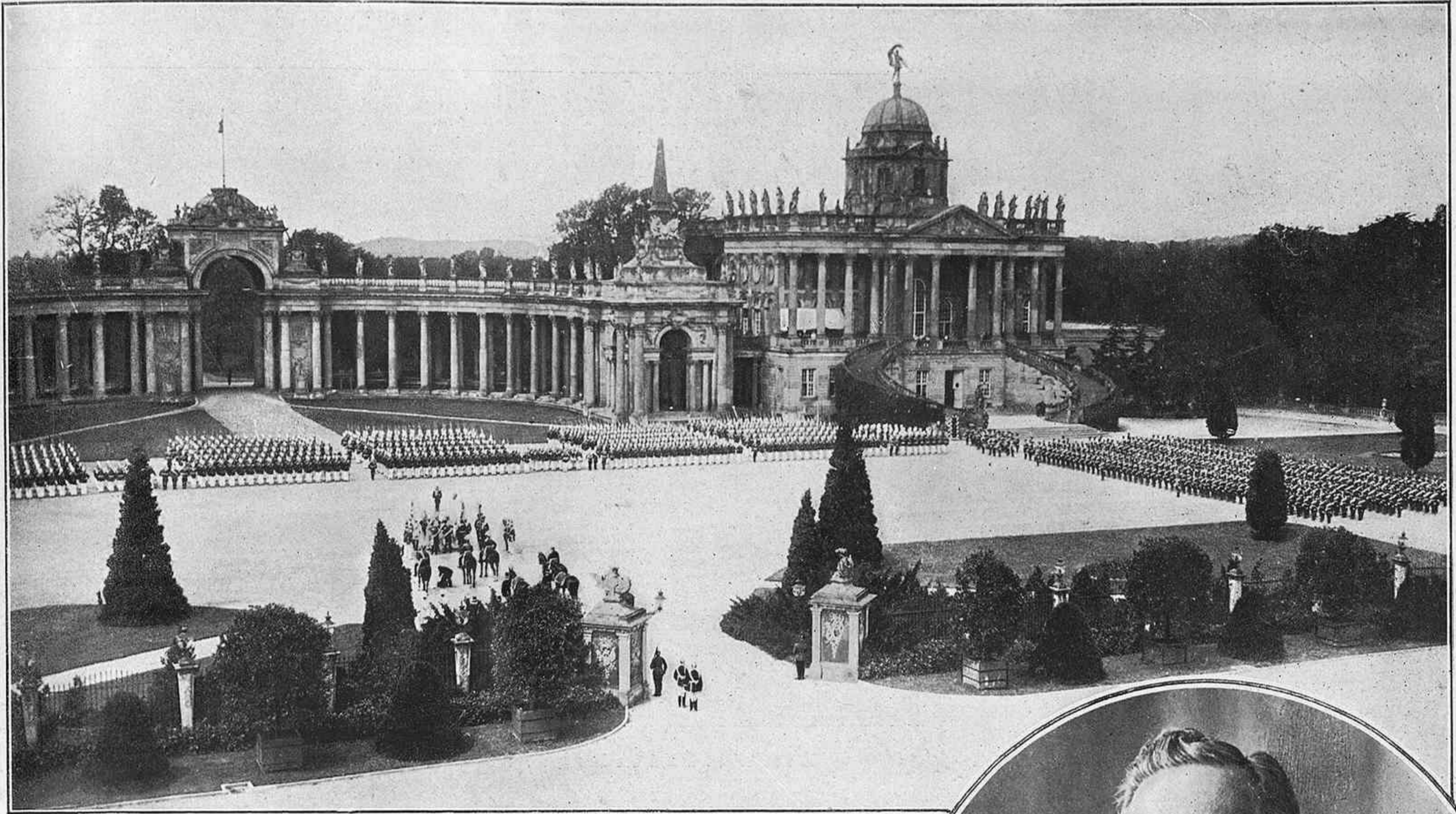


Moscou. — Las fiestas del tricentenario de los Romanoff. — El tsar, la tsarina y el tsarevitch, éste en brazos de un cosaco, en medio de la multitud que los aclama durante su visita al Kremlin. (De fotografía de Carlos Trampus.)

— Pero ¿es posible? ¿Dónde hay en él esa altivez y ese talle hercúleo que tu alcurnia merece?

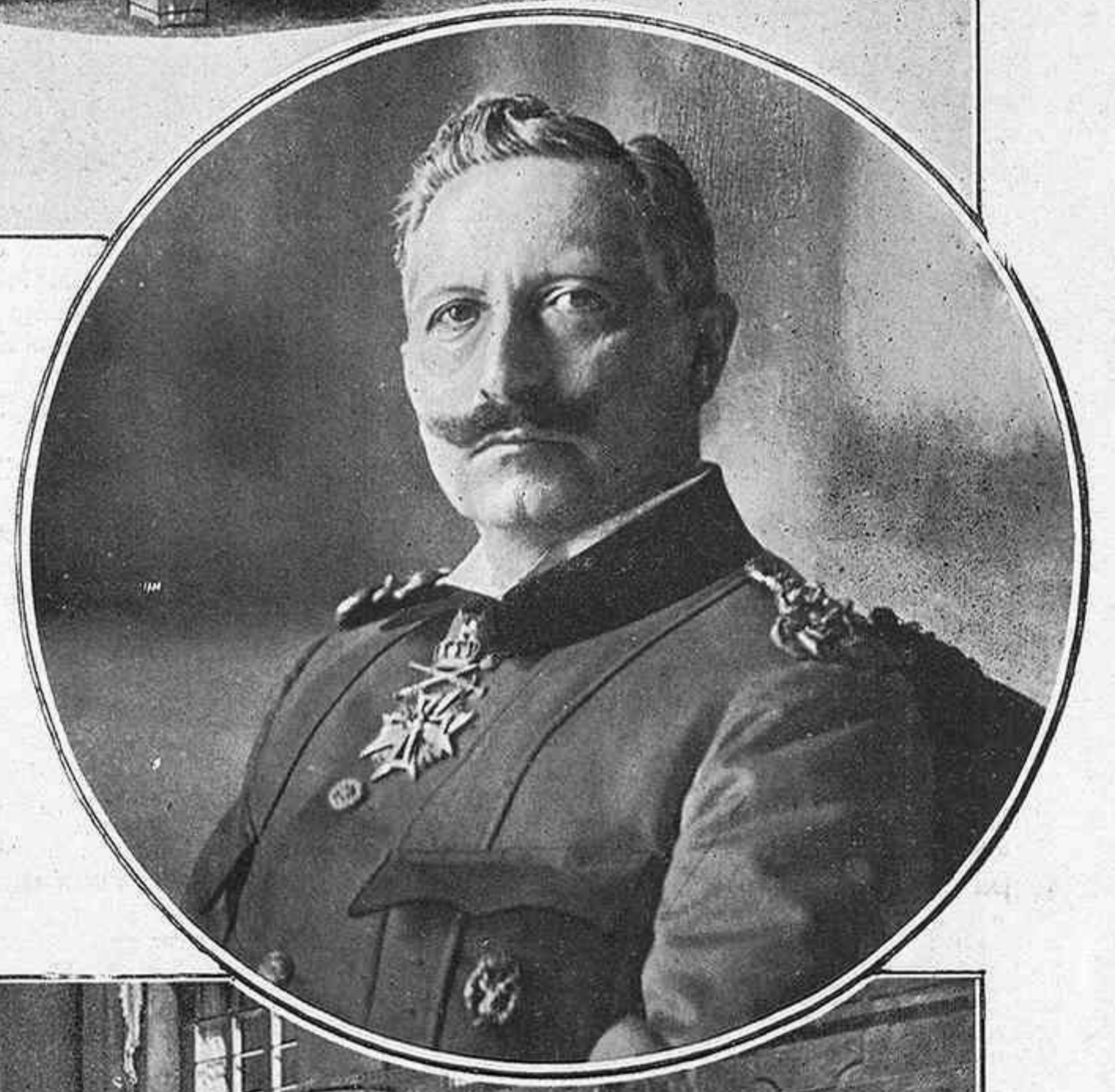
Entonces fué el ama Virtudes quien salió en defensa de la dulce cordera:

Por la noche, celebróse en el Gran Palacio un lucido banquete de gala. — S.



Ceremonia de la entrega por el Emperador de una nueva corbata para la bandera del tercer regimiento de la Guardia de Corps, en el parque del Nuevo Palacio de Potsdam.

Alemania entera ha solemnizado con grandes festejos el 25.º aniversario del reinado de Guillermo II, demostrando el pueblo alemán en masa, sin distinción de clases ni partidos, el amor que siente por su soberano. En Berlín, los festejos han revestido grandiosidad y magnificencia inusitadas. Toda la capital halla base profusamente engalanada y por las calles circuló durante todos los días del jubileo una multitud inmensa. Las fiestas del día 15 fueron puramente religiosas, habiendo asistido la familia imperial al servicio divino que se celebró en la iglesia de la guarnición de Potsdam a la memoria del emperador Federico. Después visitaron los emperadores la tumba de aquel emperador y, en el palacio recibieron varias delegaciones de veteranos. El día 16, los niños de las escuelas públicas berlinesas, en número de 7.000, saludaron con cánticos al emperador, luego celebró una recepción, a la que asistieron la familia imperial, comisiones del ejército y marina, altos dignatarios, cuerpo diplomático, delegaciones de las antiguas ciudades alemanas y el elemento oficial. El día 17, los emperadores dieron un banquete de gala al que concurrieron los príncipes de los Estados confederados, los miembros de la casa de Prusia, el canciller del imperio, los presidentes y vicepresidentes del Parlamento y los miembros de las delegaciones recibidas el día antes por el emperador. Entre las solemnidades militares, sobresalió el acto de la entrega de una corbata para la bandera del tercer regimiento de Guardias de Corps.



Los niños de las escuelas saliendo del palacio imperial después de haber cantado, en número de 7.000, en presencia de los soberanos, un himno en honor de éstos. - En el círculo, el retrato del emperador Guillermo II

LA GRANJA. - BAUTIZO DE S. A. R. EL INFANTE D. JUAN

(Fotografías de Vidal.)



El príncipe de Asturias con los Infantes, sus hermanos



La familia Real en las galerías de La Granja el día del bautizo

Con la pompa tradicional de la corte española celebró el día 24, a las tres y media de la tarde, en el salón del trono de la residencia real de La Granja, el bautizo del infante don Juan.

Momentos antes salió de la colegiala el obispo de Sión, con los capellanes de la real casa y el clero de aquélla, y se dirigió al salón del Trono, en donde se reunieron también el Nuncio de Su Santidad, el Gobierno, las autoridades y las personas invitadas. Poco después entró en el salón la comitiva regia formada en el orden siguiente: gentileshombres, mayordomos de semana y grandes de España portadores de las insignias del Sacramento; el infante D. Juan, en brazos de su aya, la condesa de los Llanos, y a derecha e izquierda del mismo, la reina Doña Cristina y el infante D. Alfonso, en representación de los padrinos, la princesa de Baviera y el rey Carlos de Rumania; S. M. el Rey, el príncipe de Asturias, las infantas Doña Isabel, Doña Luisa y Doña Beatriz, los infantes don Fernando y D. Carlos, el infantito D. Alfonso y el príncipe Raniero de Borbón; y finalmente los jefes de palacio, gentileshombres y damas de guardia y casa militar del Rey.

A la puerta del salón del Trono recibieron a la comitiva el obispo de Sión y el clero, y después que las reales personas y su séquito ocuparon sus puestos, comenzó la ceremonia, que

se celebró con el ritual acostumbrado, habiéndose impuesto al infantito los nombres de Juan, por el Santo del día; Carlos, por su padrino el rey de Rumania; Teresa, por la madrina; Silverio, por el Santo del día en que nació; y Alfonso, por su padre. Terminada la ceremonia, los invitados fueron obsequiados con un espléndido *lunch*.

PARÍS. - FIESTAS FRANCO-ESPAÑOLAS

La Cámara de Comercio de París y otras importantes entidades comerciales, industriales y agrícolas francesas, han organizado grandes fiestas en honor de los delegados de entidades análogas españolas que, llevando la representación oficial de éstas y en número de treinta, han visitado, por invitación de aquéllas, la capital de Francia.

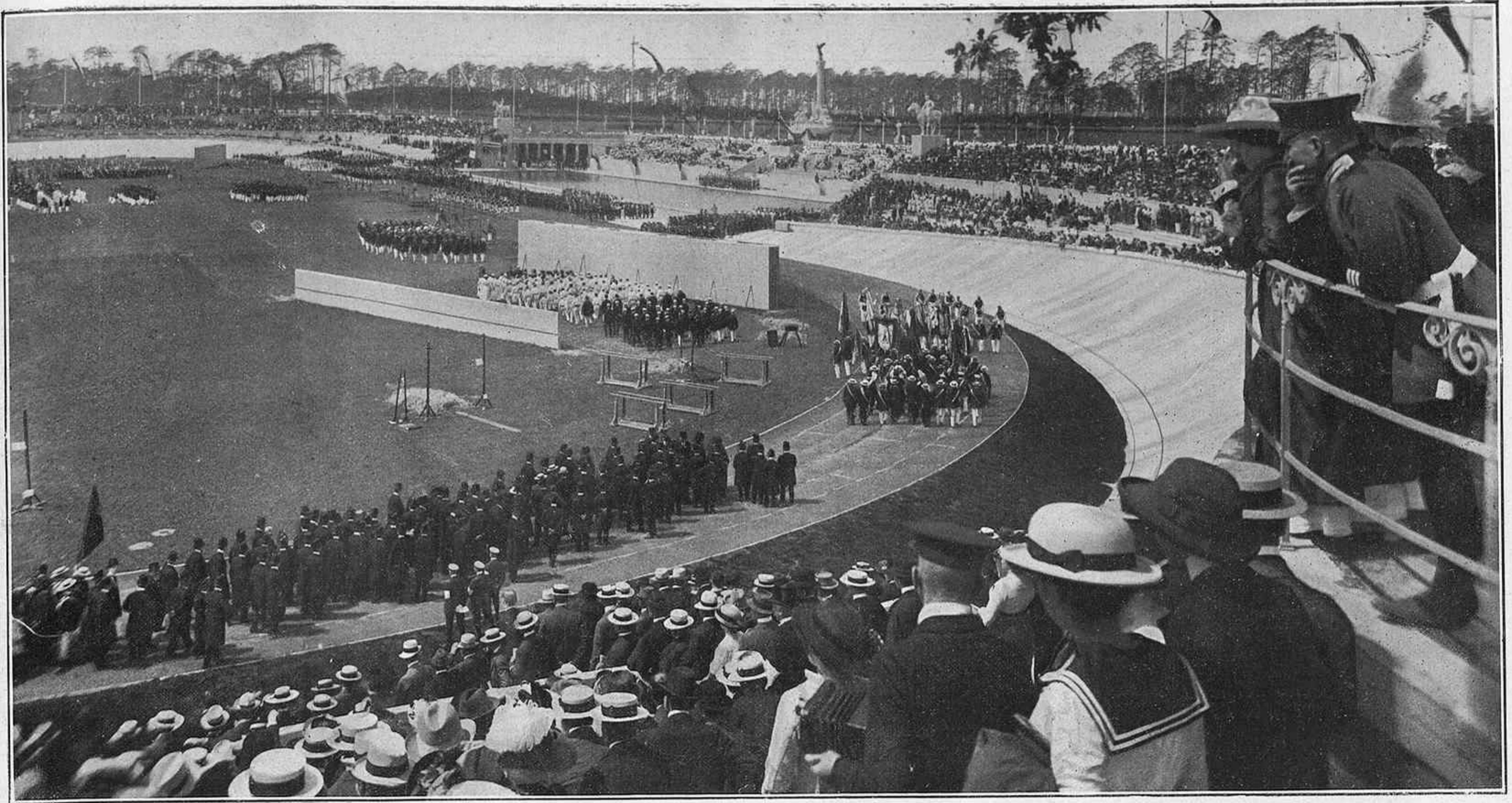
Los delegados españoles, entre los cuales figuraban el vizconde de Eza, presidente de la Asociación general de Agricultores de España; D. Carlos Prast, presidente de la Cámara de Comercio de Madrid; D. Antonio G. Vallejo, presidente de la Cámara de Industria de Madrid, y D. Emilio Zurano, presi-

dente del Círculo de la Unión Mercantil, han sido objeto del más afectuoso recibimiento y de los más espléndidos agasajos. La falta de espacio no nos permite ocuparnos en ellos con la extensión que se merecen y nos obliga a enumerar solamente los más importantes. La Cámara de Comercio española dió en su honor un banquete que fué presidido por el embajador de España Sr. marqués de Villaurrutia; el Comité republicano del Comercio les ofreció otro que presidió el jefe del gobierno francés Sr. Barthou; la Unión para la mejora de las relaciones entre Francia y España dióles un almuerzo presidido por el ministro de la Justicia Sr. Rattier; y la Cámara de Comercio de París y el Comité francés de exposiciones en el extranjero dieron en su honor suntuosos banquetes, cuyas presidencias ocuparon el ministro de Comercio Sr. Massé y el senador señor Dupont respectivamente.

En todas estas fiestas se pronunciaron elocuentes discursos, en todos los cuales fué la nota dominante la necesidad de estrechar las relaciones comerciales entre Francia y España, países unidos ya por tan estrechos vínculos de amistad y por comunes intereses. - S.



París. - Fiestas franco-españolas, organizadas por las entidades comerciales e industriales de París en honor de los delegados de las Cámaras de Comercio, Industria y Agricultura españolas. - Los delegados españoles visitando el Panteón. (Fotografía de Harlingue.)



Berlín. - Inauguración del grandioso estadio para los Juegos Olímpicos. (De fotografía de Carlos Trampus.)

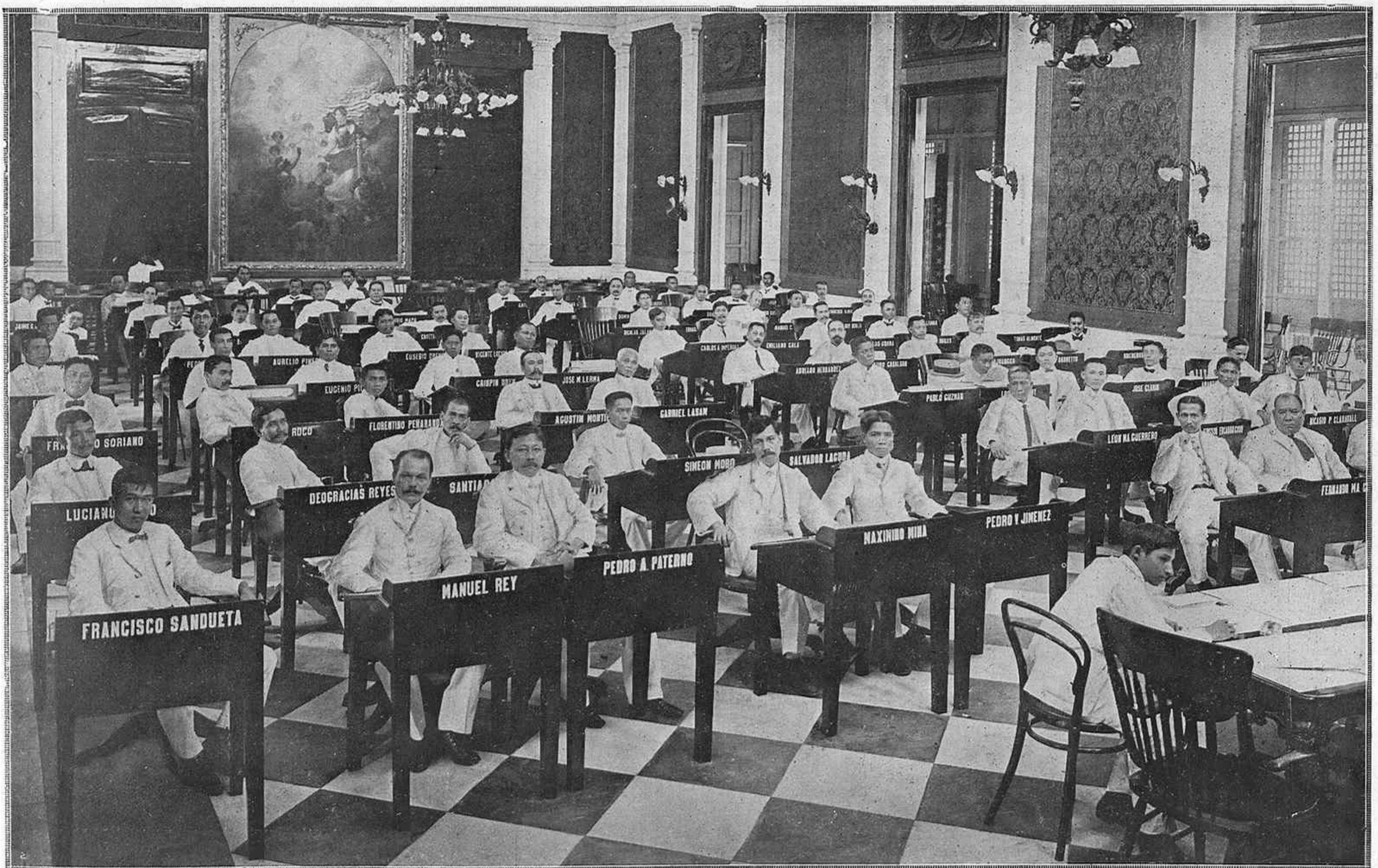
Con asistencia del emperador Guillermo II y de un público compuesto de más de 30.000 personas, inauguróse hace pocos días en Berlín el grandioso estadio en donde se celebrarán los Juegos Olímpicos de 1916.

El estadio, cuya construcción se comenzó en 1907 y que está situado al Noroeste de Berlín, en el bosque de Grünewald, es obra del célebre arquitecto berlinés Otón March, quien murió hace poco sin haber podido ver terminada su obra. En su parte interior tiene la forma de elipse de 254 metros de longitud máxima por 80 de anchura; la parte central constituye un campo de *foot-ball* de 110 metros de largo por 70 de ancho, y los dos arcos de círculo que terminan la elipse están cubiertos de césped y sirven para los concursos atléticos. Alrededor de la elipse hay dos pistas, una para carreras a pie, de 600 metros de largo, y otra para carreras ciclistas,

de 666, y en torno de éstas se alzan las graderías, que pueden contener hasta 30.000 espectadores. En el lado Sur de la elipse hay una piscina de 100 metros de largo por 22 de ancho y 4 50 de profundidad.

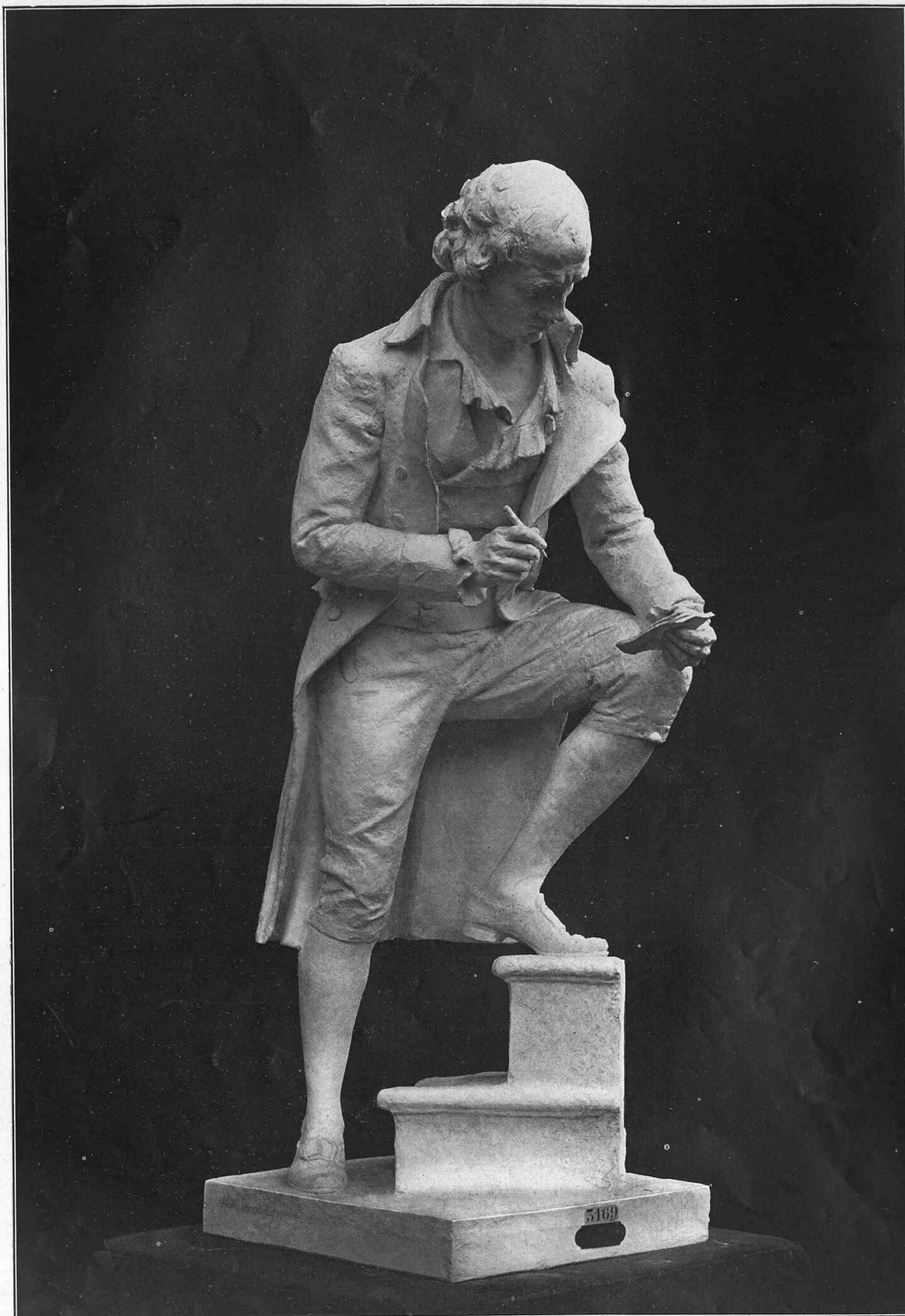
El estadio ha costado 21.400.000 marcos (26.750.000 pesetas), siendo de notar que ni el Estado, ni ningún municipio, ni siquiera el de Berlín, han contribuído con subvención alguna a esa cantidad, que ha podido reunirse gracias únicamente a la munificencia de varias sociedades particulares y a la abnegación y a los sacrificios de las asociaciones deportivas de toda clase de Alemania.

Para inaugurar el estadio celebróse una fiesta deportiva, que resultó en extremo brillante y grandiosa.



Manila. - Una sesión de la Cámara de Diputados filipina. (De fotografía.)

A las personas acostumbradas a los parlamentos europeos ha de causarles verdadera extrañeza la vista de la Cámara de Diputados filipina que el adjunto grabado reproduce. Los diputados, como se ve, no se sientan en bancos, sino que cada uno tiene su pupitre especial, con la particularidad de que en cada pupitre se lee, escrito en grandes caracteres blancos, el nombre del que lo ocupa, gracias a lo cual el presidente puede con gran facilidad dirigir los debates, saber en seguida quién pide la palabra y reconocer, sin temor a equivocarse, quién se hace merecedor de una amonestación o de una censura.



LOS ÚLTIMOS DÍAS DE ANDRÉS CHÉNIER, escultura de A. Benoit-Levy

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)



LA HUMANIDAD AMPARANDO A LAS VÍCTIMAS DEL TRABAJO, escultura de Enrique D. Gauquié. (Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

Enrique D. Gauquié nació en Fiers-lez-Lille, en 1858, y fué discípulo de Cavelier y de Fache. Una larga serie de hermosas obras justifica la altísima recompensa que sus colegas acaban de otorgarle; citaremos, entre ellas: *Bacante y Sátiro*, *Breno*, que le valió una segunda medalla en 1890, *Diana*, *El despertar de la Primavera*, *Margarita de la Primavera*, para la casa de la Legión de Honor de Saint-Denis, el *Monumento a Watteau* que se alza en el Luxemburgo y varios grupos de niños y los candelabros del puente de Alejandro III, de París. En el Salón de este año, además de la escultura que reproducimos, tenía la estatua ecuestre en bronce del *Mariscal de Vilars* que se ha de inaugurar en Denain.

BARCELONA

PRIMER CONGRESO DE MÉDICOS DE LA LENGUA CATALANA

Durante los días 22 al 24 del presente mes, se ha celebrado en esta ciudad el primer Congreso de Médicos de la Lengua Catalana, que ha revestido importancia excepcional no sólo por las ilustres personalidades que en él han tomado parte sino también por el interés de los temas que en él se han tratado.

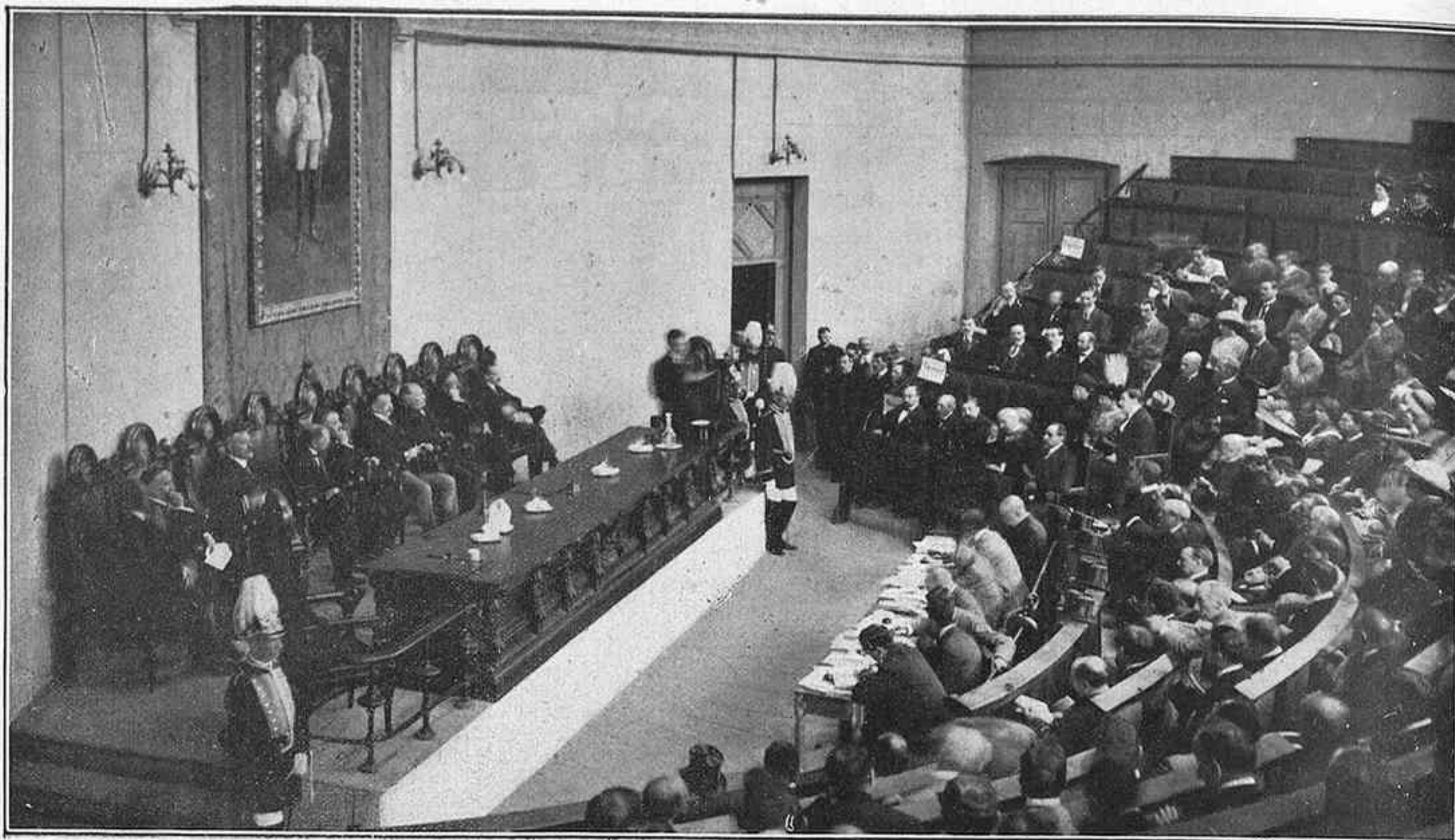
Citar los nombres de las eminencias médicas de Cataluña que han figurado en el Congreso y enumerar las comunicaciones que en él se leyeron, exigiría un espacio del que no disponemos, por lo que habremos de limitarnos a reseñar sucintamente los principales actos con motivo del mismo efectuados.

La sesión inaugural, que se celebró en el Paraninfo de la Universidad, fué presidida por el gobernador civil Sr. Francos Rodríguez, quien tenía a sus lados al alcalde accidental señor Mir y Miró, al diputado provincial Sr. Puig y Cadafalch, al rector de la Universidad Sr. barón de Bonet, al decano de la Facultad de Medicina Sr. Batllés y Bertrán de Lis, al presidente de la Academia de Ciencias Médicas Dr. Fábregas, al doctor Pujol y Brull y al presidente, vicepresidente y secretario del Congreso doctores Fargas, Guerra y Clotet. Este último leyó una interesante memoria y a continuación pronunciaron elocuentes discursos los doctores Fargas, Bonet y Bertrán de Lis y los señores Puig y Cadafalch, Mir y Miró y Francos Rodríguez. Seguidamente comenzó la primera de las sesiones científicas que han ido continuando durante los cuatro días del Congreso y algunas de las cuales, de carácter práctico se han celebrado en la Facultad de Medicina y en el Hospital de la Santa Cruz.

Los congresistas visitaron la clínica del Dr. Bartrina y el Laboratorio Bacteriológico Municipal y fueron obsequiados con un hermoso concierto, a cargo del *Orfeo Catalá*, en el «Palau de la Música Catalana» y con un espléndido lunch que en su honor dió el Ayuntamiento.

BARCELONA. - EL CONCURSO HÍPICO

Con mayor animación, si cabe, que en los anteriores años, se está celebrando actualmente el Concurso Hípico, que constituye la fiesta primaveral predilecta de la buena sociedad barcelonesa. El hermoso parque del Real Polo Jockey Club se ve concurridísimo y los palcos y tribunas ofrecen brillante espec-



Barcelona. - Sesión inaugural del Primer Congreso de Médicos de la Lengua Catalana, celebrada el día 22 del corriente en el Paraninfo de la Universidad. (De fotografía de A. Merletti.)

ron el primer premio el niño de diez años Alejandro Galcerán, el segundo D. Francisco Costa y el tercero D. José Ferrer y Vidal. De los 26 jinetes que tomaron parte en la segunda resultaron vencedores: D. Antonio Cañero, D. Jaime García, D. Luis Moreno, D. Arturo Aparicio y D. Antonio Belando. Para la tercera, que duró dos días, inscribiéronse 73 jinetes,

MADRID. - LA FIESTA DEL IDIOMA

En los Jardines del Buen Retiro celebróse el día 22 de este mes la Fiesta del Idioma, organizada por la Liga universal cervantina. El acto, al que asistió numeroso público, fué honrado con la presencia de S. A. R. la infanta Doña Isabel, a



Barcelona. - El concurso hípico que se celebra en el parque del Real Polo Jockey Club. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

to, ocupados como se hallan por distinguidas damas y bellas señoritas que lucen las *toilettes* más elegantes, pudiendo decirse sin exageración que allí está el gran mundo de Barcelona.

En el momento en que escribimos estas notas, sólo se han efectuado las pruebas de las Escuelas de Equitación, la Nacional, el Recorrido de caza y la Omnium. En la primera gana-

habiéndose adjudicado los nueve premios por el orden siguiente: Sres. Aparicio, Astraiain, Samosa, Goyoaga, Febrel, conde de Torrepalma, Aguirre, Letone y Goyoaga. En la cuarta vencieron, por el orden en que los citamos, los Sres. Aguirre, conde de Torrepalma, Spenser, La Higuera, Corado, Goyoaga, Moreno y Astraiain.

quien acompañaban, entre otras distinguidas personalidades, el ministro de Marina Sr. Gimeno y el director de la Biblioteca Nacional Sr. Rodríguez Marín.

Un estrado, al que servía de fondo un tapiz colocado entre dos árboles, sirvió de escenario, en el que se representó primeramente el *Diálogo entre el Amor y un viejo*, escrito en verso por Rodrigo de Cota en 1460 y en cuya interpretación se distinguieron la señorita Gorostegui y el Sr. Gil. Luego las señoritas Vázquez y Jiménez y los señores Dolz y Herrero interpretaron con mucho acierto el paso de Lope de Rueda *Las aceitunas*; y las señoritas Garcés, Gorostegui y Molina y los señores Lara y Bossón, *La primera comedia*, de Lucas Fernández, escrita en lenguaje pastoril a principios del siglo XVI. Terminó la parte teatral con el entremés atribuido a Cervantes *Los dos habladores* en cuya ejecución alcanzaron muchos aplausos las señoritas Movellán y Jiménez y los señores Lara, Pereda, Vargas, Herrero, Bossón y Méndez.

Todos los actores pertenecen al cuadro artístico de La Farándula y tomaron parte en las representaciones para rendir un homenaje de respeto a los creadores del teatro español.

Completó la fiesta un concierto de música antigua popular, cuya interpretación estuvo encomendada a la Orquesta Sinfónica y a la Capilla Isidoriana. Tanto las *folías*, a orquesta, baile anónimo aclimatado antiguamente en España e instrumentado por el Padre Villalba, como la melodía popular del *Romancero morisco* del siglo XV *Ay de mi alama!*, hecha para voz y vihuela por Fuenllana, la canción *¿Con qué lavaré?* de Vázquez y las seguidillas con eco atribuidas a Mateo Romero (*El maestro capitán*) e instrumentadas por Barbieri, fueron muy aplaudidas.

Los productos de la fiesta, que resultó muy agradable, se destinan a organizar cursos de español en el extranjero y a las obras del primer edificio escolar de la Liga en Marruecos.



Madrid. - La Fiesta del Idioma, organizada por la Liga universal cervantina y celebrada en los Jardines del Buen Retiro el día 22 de los corrientes. Una escena del «Diálogo entre el Amor y un viejo», escrito por Rodrigo de Cota en 1460. (De fotografía de Asenjo.)

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

LOS FABRECÉ

NOVELA ORIGINAL DE PAUL MARGUERITTE. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

Cirilo e Isabel se regocijaban de sentir las expansivas, dóciles y tiernas. Habían sido necesarias algunas semanas de aclimatación recíproca. En Neneta, sobre todo, la timidez, la tensión en que vivía, había dado al carácter algunos defectos.

Necesidad de cerciorarse de las cosas, de dominar su susceptibilidad recelosa, su vivacidad inquietada.

La serenidad de Isabel, su igualdad de humor firme y dulce infundían poco a poco confianza en la niña.

Mimí, que calcaba a su hermana, no tuvo más que abandonarse a su buen natural. Ambas se hicieron querer por sí mismas.

Cirilo, que había deseado y temido aquella prueba — porque su sensibilidad delicada se alarmaba a todo cambio — se tranquilizó. Su intensidad de labor no se resentiría de la presencia de las niñas. A través de sus ojos muertos, podía saborear su gracia en el tono afectuoso de las voces, en la frescura de las mejillas bajo su beso, en la tibieza de las manecitas que se ofrecían a guiarlo.

Neneta embelleció: delicado retoño, sólo necesitaba desarrollarse.

Y el inteligente contacto de sus tíos, las conversaciones dirigidas sin pedantismo, las lecturas escogidas, desarrollaban sus facultades hasta entonces inempleadas o distraídas; un inmenso interés había penetrado en su vida, como también la dicha de ser comprendida, y la deliciosa alegría de amar.

Cuando tuvo la seguridad de que Isabel no quería más que su bien, sin las manías minuciosas de la abuela y las brusquea-

des de Sofía, le hizo la ofrenda de su corazón. Lo que Armanda había desconocido y rechazado, aquella buena voluntad, aquella gratitud tan espontánea, Isabel la acogió con alegría.

Con Mimí, todavía pueril, ella y Cirilo satisfacían aquella necesidad de protección tan dulce que es el mejor de los sentimientos paternos y maternos.

¡Con qué placer cuidaba Isabel de esos detalles tan desatendidos por Odila en Val-Montoir: cuestiones de aseo, de indumentaria, de salud, todo lo que une por las relaciones más íntimas la madre a la hija.

Con Neneta, tenían la ilusión de una hija grande con quien se puede hablar de cosas razonables. Recompensados de su generosa idea, se sentían engrandecidos, confortados en su unión estéril, por aquellas hijas adoptivas tan identificadas con ellas, tan suyas por los vínculos de la sangre y la educación moral.

Así es que prolongaban sus vacaciones, deseando no verlas acabar nunca. Pronto habría que hablar del regreso. La idea de recaer bajo el yugo de Armanda aterrorizaba a Neneta y a su hermana Mimí también.

Los Jacquemer pensaban con pena en la posibilidad de perderlas.

Juan Marcos, que a pesar de todo amaba a sus hijas, y Armanda, en su orgullo, ¿consentirían en confiárselas por más tiempo?

un buen sentido asociaba cordialmente, esperaron el consentimiento o la negativa de Juan Marcos. Porque, bajo la influencia de Armanda, el Gobernador iba a hacer lo que ella quisiese. La probabilidad, la esperanza de éxito estaba en los celos de la madrastra: quizá la encantaría la idea de verse desembarazada de «las hijas de Claudia»; pero quién sabe si, con su naturaleza impulsiva, otros celos innobles no la inducirían a reclamarlas, a fin de que no fuesen felices con sus tíos!

Por fin llegó la contes-

tación de Juan Marcos. Cirilo acariciaba nerviosamente su gran barba; los dedos de Isabel temblaban al romper el sobre.

Mimí los miraba; y Neneta, pálida, abría unos ojos intensos, como si de aquel papel esperase que saliera su sentencia de vida o de muerte.

Isabel leyó con atención hasta el fin, y luego dijo con su voz tranquila y una buena mirada:

— Juan Marcos consiente. Quedaréis con nosotros, hijas mías.

Ya Mimí estaba en sus brazos y dos lágrimas ardientes cayeron de los ojos de Neneta sobre la mano de Cirilo.

— Vamos, dijo el ciego muy conmovido, vamos, niña...

— ¡Ah!, tío, ahora es todo dicha, pero más tarde...

— Mientras tanto ganamos tiempo, dijo Isabel, ya veremos después.

Aquella noche, en la comida, hubo flores sobre la mesa; y la atmósfera fué ligera, delicada y sutil, como si ya nadie sintiese el peso de su cuerpo y de sus ideas.

Retirados en su cuarto, mientras Mimí dormía profundamente y Neneta, desvelada por la alegría, se revolvió en su cama, los Jacquemer hablaban en voz baja:

— ¿Estás contenta, Isabel?

— Sí, Cirilo, ¿y tú?

— Muy contento. Pero esta alegría va a costarte cara, amiga mía, puesto que no asistirás ni al casamiento de Jaime ni a la partida de Oliverio.

— En este mundo, todo cuesta, Cirilo; y no es pagar caro el rescate de esas criaturas.

— ¿Pero y más tarde?

— Armanda tendrá su tercer hijo. Se habrán acostumbrado a prescindir de las mayores; y nos las dejarán; tenlo por seguro.

Pasó noviembre y diciembre después. Una bruma envolvió Jersey. La isla, con sus muelles negros y su eterno horizonte de agua, olía a carbón y parecía un buque cuyas calderas humean bajo presión.

En Val-Montoir, las habitaciones del Chino y de Oliverio volvían a estar cerradas. Las manos piadosas de Sofía habían vuelto a enfundar los muebles y cerrado los postigos de las ventanas. Ambos estaban ya lejos. Oliverio había regresado a su puesto y el Cónsul y su esposa iban a llegar a su lejana residencia.

El invierno echaba sobre la casa su velo de me-



Vivían en un pueblo vecino, en Saint-Jeannet

Mientras tanto, grandes paseos a pie o en coche, por carreteras limpias, fortalecían a las niñas. Un día, la excursión a Gorey, otro día al faro de la Corbiere o a la playa de Sainte-Brelade; un pequeño ferrocarril seguía la costa. Varios landós tirados por grandes caballos flaquísimos, cruzaban los risueños valles y los caminos guarnecidos de árboles.

Almorzaban entre las rocas de los acantilados, tomaban baños en ensenaditas donde el agua transparente simula, con los reflejos del sol en las piedras, una rubia concha de tortuga. Iban a pescar en barca. Comían minúsculos cabrajos de carne dulce, tortas de ruibarbo y compactos puddings.

Neneta empezaba a hablar inglés; Mimí tenía mejillas de manzana sonrosada.

Cirilo e Isabel se sentían ahora llenos de inquietud. Sufrirían demasiado si Juan Marcos les quitase aquellas niñas en quienes derramaban su necesidad de ternura insaciable.

Por otra parte, el templado clima de Jersey y la virtud salina del aire hacían un gran bien a Cirilo.

Encontraron un medio: pasar allí parte del invierno. Un excelente colegio daría a las niñas, externas, una instrucción suficiente. Se trasladarían de Saint-Aubín a una villa de Saint-Helier.

¡Con qué impaciencia aquellos cuatro seres, que

lancolia: los días eran cortos, se encendían las luces temprano. El Sr. Fabrecé había reanudado en París sus trabajos habituales; la señora Fabrecé había querido acompañarlo; venían en el auto cada sábado para volverse el lunes.

La salud de Mamá Reina se mantenía inestable: después de súbitas mejorías, períodos en que su corazón la ahogaba. La señora Siglet-du-Salt no envejecía. Hiciera el tiempo que hiciese, se la veía, envuelta en su abrigo de pieles con capucha, pasearse todos los días después del almuerzo a lo largo de las terrazas. Hubiérase dicho que casi el frío la consagraba.

Simona se consagraba a la educación de sus hijos. A fuerza de voluntad, se había amoldado a una vida de costumbres y ejercicios regulares; pero, con la indolencia de Betty y el carácter colérico de Iván necesitaba mucha energía. Procuraba no pensar en Enrique Le Jas. Y esta lucha de su raza contra su corazón la extenuaba. No había vuelto a tener noticias de él y se reprochaba la actitud de reserva que se había impuesto.

¿Qué era de él? ¿Obtendría la anulación de su matrimonio? También sabía que el estado de Sergio mejoraba. ¡Otro problema sin solución! Apartando toda idea de porvenir, Simona vivía al día, como una condenada.

Su embarazo fatigaba a Armanda. Se acercaba el término del alumbramiento. Juan Marcos, cumpliendo la palabra dada a su padre, salía poco y trabajaba mucho, como si la venida de un nuevo vástago decuplicase su ardor en acrecentar su fortuna. Pensaba con frecuencia en Neneta y Mimí, y aliviaba el pesar de la separación la idea de que así al menos «se le dejaba tranquilo».

Sin las tristezas que antes le causaban las infidelidades de su marido, Armanda se circunscribía al pequeño universo de su hogar: su marido y sus hijos. Nada la interesaba fuera de ellos; no leía y abdicaba toda coquetería. Vistiendo una bata delgada, se pasaba el día haciendo calcetas y justillos de punto.

De Florencio y de Antonio no se hablaba más que a medias palabras y alusiones. Sin embargo, se habían tenido noticias del primero, enfermo del dengue. Afortunadamente se restablecía merced a los cuidados de amigos bondadosos y al clima de Pau. Había sentado la cabeza.

De Danila no se sabía nada; debía operar en alguna capital del extranjero. Florencio trabajaba súbitamente impulsado otra vez por su afición a la pintura; y ese nuevo entusiasmo venía muy a propósito en el momento en que, por marcharse sus huéspedes, iba a quedarse solo y sin vigilancia.

Respecto a Antonio, Bernard, mejor informado gracias a un viaje, había sido portador de la verdad: su situación irregular, su trabajo sencillo al lado de Miga, y la criatura que esperaba para dentro de un par de meses. Pero no se decía una palabra de esto. Mientras que no se cesaba de hablar en las comidas y en las veladas bajo la lámpara, de la pequeña Magdalena tan impacientemente esperada de Armanda.

Parecía que Antonio no formaba ya parte de la familia cuyos dioses lares había ofendido y cuyas leyes justas había quebrantado. Sin embargo, Sofía y Simona hablaban en secreto de su hermano, de Miguita y del inocente que ninguna culpa tenía de su próxima venida al mundo.

— ¡Qué atrocidad!, murmuraba Sofía. ¿Es posible que pueda vivir así como un campesino?

Lo más sorprendente, al decir de Bernard, que había visto a la joven pareja, era que Antonio parecía perfectamente tranquilo; fornido, robusto, tostado por el sol, arremangado hasta los codos, nunca había gozado de tan buena salud. Apenas una ligera sombra anublaba el rostro de Miguita, que pensaba que, por ella, Antonio había roto con los suyos. Pero no cabía duda que, a pesar de eso, eran completamente felices.

— ¿En qué va a parar eso?, reponía Sofía. Papá y mamá seguramente no consentirán nunca en ese matrimonio.

Simona alzaba sobre la Superintendente sus bellos ojos tristes:

— Sin embargo, nosotras deberíamos persuadirles...

Pensaba en el rigor de aquel concepto familiar que fortalecía a los dichosos y a los sumisos, y renegaba de los irregulares y de los rebeldes: ese concepto de un altruismo favorable a la colectividad, pero cruel para el individuo; porque imponía la fidelidad al voluble Juan Marcos; había conducido el Chino al matrimonio clásico, después de un momento de embriaguez de libertad; condenaba a Sofía a un celibato de vieja tía; y había mutilado, en fin, después de su corazón de mujer, el de Oliverio ofren-

ciendo su sacrificio al destino de los Fabrecé más grandes, más fuertes y más prósperos.

Sofía callaba, perpleja.

— Créeme, decía Simona, todos hemos sufrido ya bastante.

VII

Diciembre alzó su árbol de Navidad en el gran salón, y enero se levantó cubierto de nieve. Los niños tenían sus naricitas frías como hocicos de gato, mientras besaban, contentos, a los donadores de aguinaldos.

Llegaron lluvias interminables, rayando el cielo de estrías grises y llenando Val-Montoir de humedad, a pesar del tufo del calorífero.

Sofía tuvo fuertes dolores de muelas y el viejo Gervasio, al bajar a la bodega, resbaló y se rompió una costilla. La salud de la señora Fabrecé volvió a inspirar inquietudes. Se había recibido la primera carta de Jaime, y se sabía que Oliverio iba a entrar en campaña.

A fines del mes, una carta de Antonio expuso respetuosamente a sus padres sus proyectos: pensaba expatriarse y probar la ganadería en la Argentina.

«En eso había mucho que hacer.» Ese género de vida le iría muy bien, lo mismo que a su «compañera». Así designaba a Miguita. Pero no podía realizar su proyecto hasta dentro de unos meses, y no partiría sin haber ido a despedirse de los suyos. No hablaba ni de su deseo de casarse con Miga, ni de su próxima paternidad.

Esta carta fué muy discutida. Aunque muy emocionado, el padre, a quien había mortificado la obstinación de Antonio, se limitó a contestarle que era libre de dirigir su vida como bien le pareciese.

La señora Fabrecé lloró; se sentía enferma; ¿todos sus hijos habían de pasar lejos de ella los años o los meses que le quedaban de vida?

— ¡Oh!, ¡mamá!, exclamaron como para rechazar sus tristes ideas las hijas que se hallaban presentes.

La anciana replicó:

— ¿No basta el alejamiento del Cónsul y los peli-gros que corre Oliverio?

La familia estaba dividida. Juan Marcos y Armanda, contando con el apoyo de la abuela (una Siglet-du-Salt), juzgaban a Antonio con una severidad intratable. Sofía, arrastrada por Simona, aducía las circunstancias atenuantes; Isabel, persuadida por Cirilo, se resignaba en sus cartas a ver entrar en la familia, si era preciso, a la «compañera» de Antonio y a su vástago inminente. Mamá Reina y el padre no se pronunciaban. Pero su aire afligido contestaba por ellos.

«Sin Juan Marcos y su orgullo, escribía Simona a Isabel, los papás cederían tal vez; pero su influencia domina. Cuento con vuestro regreso para que nos ayudéis, a Sofía y a mí.»

Después de haber tratado de la cuestión delicada que les preocupaba, los Jacquemer, seguros de que no les quitarían a Neneta y a Mimí, regresaron a Val-Montoir. Por prudencia dejaron «sus hijas» en Jersey, internas, hasta Pascua, en un colegio inglés. Así no había ningún rozamiento que temer.

Se los vió volver con alegría. Isabel difundía su consuelo moral y la dulce paz de su corazón. La acritud de las palabras cedió a su influencia.

Armanda, a fin de hacérsela tutelar, y con segunda intención, la quiso por madrina de la criatura que iba a nacer... Gran apuro: Isabel salió del paso diciendo — y era verdad — que Sofía tendría un gran disgusto si le usurpaban una prerrogativa que le pertenecía.

Al día siguiente, a la caída de la tarde, una pesada tarde de febrero, Armanda dió a luz una hermosa niña.

¡Qué acontecimiento! ¡Val-Montoir recobró su atmósfera agitada y alegre de los grandes días. Sofía no cabía en sí de júbilo: ¡una niña de Juan Marcos, del jefe de familia, del amo de los Establecimientos! Le parecía comulgar por poderes con aquella maternidad que ignoraba y probablemente ignoraría siempre.

Para los padres y la abuela de Juan Marcos, era una nueva prolongación de sí mismos, una débil rama injertada en el árbol de la familia y extendiéndolo, en fuerza y duración, para el porvenir.

Simona se asociaba a la dicha común; para Isabel, aquella criaturita perfecta despertaba el estremecimiento de un deseo no satisfecho: afortunadamente sería madre, lo era ya, asegurando la educación y el cuidado de sus sobrinas.

Armanda pertenecía a la sagrada embriaguez de dar el pecho a su hija: una radiante belleza animaba su rostro en que se leían el orgullo y el amor materno.

Entre la servidumbre, todo el mundo saltaba de alegría, desde el viejo Gervasio hasta los esposos Aljeán, desde las camareras hasta el *boy* encargado del correo de los Establecimientos. Allí también, el nacimiento de Magdalena Fabrecé adquirió una importancia oficial. Las mujeres de los obreros ofrecieron a Armanda un babero de encaje con flores y felicitaciones usuales.

Los ausentes eran relegados al olvido. Todo era para los Juan Marcos, quienes sacaban del feliz acontecimiento un realce de supremacía, ante la cual los mismos parientes se inclinaban, sonriendo.

En el almuerzo del día siguiente, se acababa de brindar por la salud de Magdalena — nadie brindó por aquel pequeño ser que iba a aumentar, sin su permiso, la familia —, cuando, pasando al salón para tomar el café, se vió a Gervasio que presentaba la correspondencia, cartas y periódicos.

El Sr. Fabrecé desplegó el *Matin* y una emoción estupefacta crispó su rostro. Contemplaba un retrato bajo unas líneas de enormes titulares.

Juan Marcos que había abierto el *Journal*, quedó asombrado en presencia de la misma imagen.

Una exclamación se le escapó:

— ¡No es Florencio!

Sus hermanas, inquietas, aunque semitransquilizadas por el tono de su voz, le rodearon.

— ¡Pero sí! ¡No puede ser más que Florencio! ¡Otra locura de las tuyas! ¡Es increíble!

El Sr. Fabrecé tranquilizó a su esposa: sí, era una sorpresa, al mismo tiempo brillante e insensata, del joven loco incorregible. Florencio acababa de... Pero Juan Marcos, para contentar la impaciencia de sus hermanas, leyó en alta voz:

«De Pau a Lila en siete horas cuarenta y un minutos de vuelo.

»Tal es la hazaña realizada por un aviador novicio, Colson, en un monoplano Hariel...»

— Colson, dijo el Sr. Fabrecé, el nombre de mi madre: aunque el parecido no permite la menor duda.

Le agitaban sentimientos complejos: la orgullosa sorpresa de la hazaña de su hijo y la ansiedad de pensar que acababa de exponer su vida; el silencio guardado hasta entonces; aquel acto sensacional preparado como una calaverada, y el emocionante prestigio del éxito. El hecho de que Florencio adquiriese celebridad en un día removía en él la incredulidad, el temor de los días siguientes, la satisfacción orgullosa, el deseo de sermonear y abrazar apasionadamente a su hijo...

Mientras tanto, el *Matin* pasaba de mano a mano; las cabezas se agolpaban sobre el más irrecusable de los Florencios, en traje de aviador, con ambas manos asidas al volante.

Juan Marcos siguió leyendo el *Journal*:

«Sí, es un vuelo admirable el que realizó ayer un debutante, un joven de unos veinte años, después de tres semanas de ensayos en el campo de aviación de Pau.

»Colson partió a las tres y cuarenta y cinco de la mañana y llegó a Poitiers a las siete y treinta y cinco; la lluvia y el viento contrario no le permitieron continuar, después de una reparación en el motor, hasta la tarde. Nueva detención en el aeródromo de Villacoublay, y salida para Lila donde aterrizó a las cuatro y veinte de la tarde.

»Antonio Colson...»

— ¡Ha tomado el nombre de su hermano!, dijo Sofía, impresionada por aquella fraternidad constante de los dos muchachos.

«Antonio Colson ha volado con una velocidad media de ciento veinticinco kilómetros por hora; ciento sesenta y seis, velocidad prodigiosa, de Pau a Poitiers. Ha vencido a los rápidos de Orleans y de Bruselas con una facilidad memorable.

»Se le atribuye la intención de hacer el mismo trayecto en sentido inverso.

»Al bajar de su monoplano, Colson no acusaba ninguna fatiga.»

Juan Marcos se detuvo, en medio de un silencio sensacional.

Los rostros expresaban toda clase de emociones: en el Gobernador, una involuntaria envidia mezclada con admiración; consideraba a los aviadores como jugadores temerarios que juegan la gloria al cero negro de la fatalidad: o la muerte o el éxito. Es la letanía de los valientes. Él prefería el largo trabajo, el voluntario y constante empeño, la cotidiana lucha: su propia vida.

Las hermanas estaban entusiasmadas. La abuela manifestaba disgusto; para ella todo aquello eran locuras. Mamá Reina palideció de pronto, en medio de una alarma general, y perdió el conocimiento.

El Sr. Fabrecé se precipitó. Hubo un instante de pánico. Pero la buena señora volvió en sí después

de algunos minutos de angustia. Y lloró por el éxito de Florencio, como hubiera llorado por su desastre. La rodearon y consolaron; el Sr. Fabrecé murmuró en voz baja y en tono de reconvencción:

— ¡Si Florencio supiese esto! ¡Podía matar a su madre!

Pasó sobre todos una tristeza, como un día de eclipse entre dos raudales de sol; pero al ver sonreír a la señora Fabrecé, todos recobraron la alegría; y con la alegría, esa calurosa admiración de que son objeto todos los conquistadores, los audaces a quienes ama la fortuna.

Secretamente, les parecía a todos asistir a la rehabilitación de Florencio, como si el viento y el aire salvaje, hendidos al rugido sonoro del motor, le hubiesen lavado las manchas de su juventud imprudente, y como si, remontándose al cielo, aquel hermoso vuelo de águila le hubiese librado del lodo terrestre.

La familia, después de Oliverio, después del Chino, después del padre, después de Juan Marcos, contaba con un héroe más.

VIII

Desde hacía algunas semanas, Polotzeff parecía recobrar la razón. Lucidez, obediencia, apetito, buen humor, los mejores síntomas.

El Dr. Sol, que ejercía sobre él una observación minuciosa, interesado por la extraña personalidad de su enfermo, auguraba, si no un restablecimiento definitivo, al menos una tregua tranquilizadora.

Había procurado, por medio de investigaciones mentales, encontrar a Sergio en falta, contrariarlo, irritarlo, hacer reaparecer el fondo tenebroso, bajo la máscara del civilizado.

Nada. El hombre estaba en guardia y, con el increíble disimulo de ciertos locos, burlaba los sondeos.

A pesar de su desconfianza profesional, el doctor y su personal clínico ejercieron sobre él una vigilancia menos estrecha; los límites que le señalaban se ensancharon, y él pudo, a ciertas horas pasearse por el jardín particular; se le permitió leer algunos libros de la biblioteca, y almorzó una o dos veces en la mesa de los señores de Sol, quienes estimaban que el aislamiento, indispensable al principio, debía mitigarse, con los progresos del tratamiento, por medio de contactos frecuentes y racionales.

El, mientras tanto, con la astucia y perseverancia de los que tienen una idea fija, preparaba su evasión. Había calculado todas las imposibilidades de la misma, pero también la milésima probabilidad propicia, aquella en que concurren la casualidad, el minuto, lo inesperado.

Lo más sencillo parecía saltar las tapias del parque, pero no había medio. Ninguna escalera disponible; ni materiales de albañilería o de carpintería; los árboles, podados en forma de fachada, dejaban un espacio demasiado vasto entre ellos y el muro.

Pasar por el hotel del doctor, imposible; no se permitía a ningún enfermo el acceso a la parte anterior del parque, y el portero, hombre sólido y resuelto, vigilaba la verja y examinaba a cuantos entraban y salían.

Quedaban las dependencias, por donde funcionaban los servicios: idas y venidas de los funcionarios, llegada de los autos de enfermeros; por esta parte intentaría Polotzeff su evasión.

El corredor que, de las habitaciones particulares del doctor, conducía al despacho del economato y a las cocinas, estaba siempre cerrado: puerta sólida y cerrojos; pero bastaba que una vez... El domingo por la mañana, el guardián habitual era reemplazado por su mujer; ésta, habladora, iba a charlar con los criados mientras el Dr. Sol y su señora asistían, con los enfermos practicantes, al servicio religioso en la capilla.

A Polotzeff, tres veces seguidas en dos meses, se le escapó la ocasión; la tercera vez — dos días después de la hazaña de Florencio — la aprovechó con una decisión y una felicidad inauditas.

Entrar en el despacho del director, registrar los cajones, coger unos cuantos billetes de banco y algunas monedas de oro, escurrirse por el corredor, ocultar bajo su americana un gran cuchillo de trinchar y ganar la puerta de comunicación del corredor, todo le salió milagrosamente bien.

Al pasar por delante de la puerta del economato, una voz le gritó:

— ¿Eres tú, Miguel?

Sergio contestó con un gruñido, vió en una coladuría las chaquetas de los cocineros, recién lavadas y planchadas. Se puso una de ellas, se encasquetó el gorro blanco y pasó sin dificultad al patio de las dependencias.

Justamente la puerta cochera se abrió para dejar entrar un coche fúnebre, que venía a buscar el cadáver de un exdirector de Bienes nacionales, fallecido al cabo de treinta y siete años de locura. Polotzeff se escurrió por la parte opuesta a la portería y se encontró en la calle.

No habían de notar inmediatamente su huida.

Los domingos, la disciplina de la casa era un poco descuidada. Pasaba un auto-ómnibus y él saltó sobre el estribo, para bajar en el barrio del Temple. En una peluquería, se hizo afeitarse la barba que había crecido durante la reclusión; en una prendería compró un gabán de aceituna y un sombrero hongo; trocó sus zapatos por unos borceguies, y, una vez presentable, se dirigió a la estación de Lyon; pensando de pronto que se avisaría por teléfono a la comisaría de todas las estaciones, se hizo conducir en auto cerca del fiato, pasó la puerta a pie y se dirigió hacia Villeneuve-Saint-Georges, donde tomó el tren para Thomery.

¡Guardóse muy bien de ir a apearse en Fontainebleau donde se exponía a ser conocido!

Desde Tomery, por el bosque, iría a Val-Montoir, penetraría en las habitaciones de Simona, y allí...

Avanzaba a paso elástico, el cuerpo echado hacia adelante, fija la mirada delante de él, como imantado por el término de su viaje...

En Villeneuve, tomó un billete de tercera clase; en su departamento iban tres soldados, una campesina y un niño; de vez en cuando, tentaba bajo su ropa el cuchillo de trinchar, que había agujereado el bolsillo de su americana y, detenido por el chaleco, le obligaba a permanecer derecho.

¿Mataría solamente a Simona? No, Betty e Iván morirían también. Aspiraba con fuerza el aire. ¡Qué buen olor tendría su sangre, su hermosa sangre roja! Los acribillaría hasta que le doliera el brazo...

¡Ah!, ¡ah!.. Eso les enseñaría a tenerlo encerrado. ¡Y a su linda Simona le sacaría los ojos para terminar!..

Después de haber comido y bebido en un figón — pan, vino y queso — a orillas del Sena, a la hora del crepúsculo, Polotzeff volvió a ponerse en camino al mismo paso tenaz, con la precisión automática y terrible de la Fatalidad en marcha.

Enrique Le Jas felicitó a Florencio a su llegada a Lila. Era el único a quien el joven había avisado, y había seguido con el pensamiento sus ensayos y su ambiciosa esperanza. El éxito le había causado una inmensa alegría. Él también veía en aquella hazaña una redención. Había sido de lejos el confidente de sus debilidades y el consejero de una vida mejor. Sabía muy bien que el hermano de Simona no podía mentir a la sangre de los Fabrecé.

No sin trabajo, Florencio se había desembarazado de los periodistas, de los curiosos, de los visitantes oficiales, de una infinidad de telegramas y de una comida de honor improvisada en la Prefectura; había escapado a las mujeres guapas que buscaban su autógrafo y su sonrisa, a los oficiosos que le ayudaban a reexpedir su aparato por ferrocarril.

— ¿Por qué probar otra vez fortuna tan pronto?, había dicho el doctor.

Y el tiempo se anunciaba detestable.

En un cuarto del hotel del Ciervo, delante de un fuego de hulla, y mientras el *samovar* hervía sobre una mesa redonda, ambos hablaban alegremente.

Se contemplaban y cada uno encontraba al otro cambiado: Florencio enflaquecido, presentaba un ardor de voluntad en las mejillas; Le Jas había engordado algo en la comfortable vida bruselesa.

Sin embargo, eran los mismos que se habían conocido y apreciado. Florencio y su exuberancia de savia, Enrique y su hermoso equilibrio de hombre fuerte, con su amor tierno y fiel en el corazón.

Florencio explicó cómo le había dado la tentación de hacerse aviador; la afición a la mecánica que había vuelto a despertar en él, las horas pasadas entre los operarios y la fascinación que sobre él ejercían los pilotos, casi todos jóvenes, y entregados a su misión por los motivos más diferentes: profesionales de copas y premios; ingenieros y mecánicos en busca de perfeccionamientos y patentes de invención; jóvenes ricos y desocupados, fracasados inteligentes como ese asombroso Bruchal que había volado de Marsella a Córcega, había descendido otra vez en Nápoles y se había ahogado la tercera vez a la vista de Chio.

Explicó sus sensaciones de hombre-libélula, los ligeros crujidos del armatoste, las vibraciones de las grandes alas de tela, el ruido del motor, el silbido del aire, los remolinos súbitos, la desnuda soledad de las alturas; esa embriaguez del vuelo que no se parece a ninguna otra, que tiene algo de los frenesís de la vida y del vértigo de la muerte.

Evidentemente, no podía hacer de aquel juego ardiente, de aquel sport magnífico, una carrera; pero aunque no hubiese ganado en él más que la afirmación de su voluntad y la revelación de su valor, hubiera sacado de allí un maravilloso *entretenimiento* para el porvenir.

La acción, en su bella energía y en su hechizo, acababa de serle revelada. Ya no sería devorado por sus sueños febriles y estériles. Haría obra de vida. Sería hombre. Lo era desde aquel momento. El otro le escuchaba, silencioso y aprobador.

— Pero, repuso Florencio, ya hemos hablado bastante de mí...

Le Jas volvió a interrumpirlo, ávido de oírle hablar de los suyos, de Val-Montoir; desgraciadamente, Florencio no sabía nada, sino que Simona sufría sin decirlo.

— ¿Y usted, amigo mío? Hábleme de usted.

Le Jas le miró.

— Yo sufro también; pero, ¿querrá usted creerlo? No he perdido la esperanza desde que vislumbré una posibilidad de evasión. ¿Quién sabe si mi libertad, que no es más que una cuestión de tiempo, será de buen augurio para su hermana?

Enrique precisó; el proceso había empezado en la Curia romana; él soportaba las cargas morales y los gastos del mismo. Dentro de seis meses, probablemente, la anulación sería pronunciada; tres meses después, el divorcio. A fines del verano vería rotas sus cadenas.

Florencio preguntó:

— ¿Por qué no me acompaña usted a Val-Montoir? Todo el mundo se alegraría de verlo.

Pero Le Jas, a pesar de la tentación, hizo objeciones: no quería imponerse; la situación de Simona exigía miramientos.

La verdad es que tenía miedo de sí mismo y de avivar en ellos inútiles sufrimientos. Su delicadeza, sobre todo, le retenía, la promesa dada a la que tanto amaba, de no tratar nunca de verla en su calvario sin salida.

Además, inesperada sorpresa, Fermín Luce y su señora llegaron en automóvil al hotel, aquella tarde misma, deseosos de conocer a Florencio, uno de aquellos Fabrecé de quienes Le Jas les había hablado tanto.

Venían a invitarlo a pasar con ellos un día en Bruselas. Florencio, conquistado por el encanto grave de la señora Luce, objetó sin embargo la impaciencia de los suyos. Los telegramas de su padre y de su hermano mayor lo llamaban.

Partió al día siguiente para París, y Le Jas, resistiendo a sus instancias, tuvo el valor de no acompañarlo. En el andén, miró largamente desaparecer el expreso y respondió al adiós de mano de Florencio. Una extraña tristeza le oprimía el corazón, mezclada con vanas esperanzas. ¿A qué ir en busca de una inútil pena, puesto que, desgraciadamente para Simona, su marido vivía y cerraba ya el camino con su cuerpo?

Polotzeff llegó a casa de la siete y media de la tarde a Val-Montoir. En todo le favorecía la suerte. La verja estaba entreabierta. Por ser domingo, el portero estaba ausente, y habían llamado su mujer a la quinta; aun no se había soltado a los perros. De espesura en espesura, se escurrió hacia la casa. La conocía bien. En dos saltos ganó la meseta. Salían voces del comedor: la familia estaba comiendo. Nadie lo encontró ni en la escalera ni en los pasillos. Llegó casi sin tropiezo al cuarto de Simona y se ocultó en el gabinete destinado a ropero.

Transcurrió algún tiempo. Sergio espía con una paciencia astuta todos los ruidos: alguien entró en el tocador; una camarera sin duda. Al otro lado del tabique, un cristal luminoso cortaba lo alto de la pared: Polotzeff oyó la voz de la niñera que reprendía a Iván; luego ruidos de porcelana y de agua; la muchacha acostaba al niño. Betty debía dormir en el cuarto de su madre.

Transcurría el tiempo; el cristal se apagó bruscamente; la niñera se iba.

Sergio se preguntó si no era preferible matar en seguida a sus hijos. Se imaginaba el cuello redondo y rollizo de Betty y el busto flacucho de Iván, y pensaba que el cuchillo de trinchar entraría en aquellas carnes tiernas como en mantequilla.

Pero crujió la puerta de comunicación entre el cuarto de Simona y el de los niños. Él reconoció el paso ligero de su esposa. ¿Venía acompañada? Cuchicheos: ¿Simona e Isabel? Luego nada. Simona debía estar sola.

Sergio esperó que ella viniese al tocador. Pero sin duda leía o escribía, pues transcurrieron un par de horas antes de que se moviese.

(Se continuará.)



Tetuán. - Llegada de la artillería montada procedente de Ceuta y que tomó parte importante en el combate del día 15. (De fotografía de A. Rectoret.)

LA CAMPAÑA DE MARRUECOS

Continuando el relato de las operaciones de esta campaña, resumiremos las efectuadas con posterioridad a nuestra crónica anterior.

El día 16, las fuerzas destinadas a aprovisionar la importante posición de Laucién, después de realizar su cometido, simulaban una retirada, atrayendo al llano al enemigo, que se presentó en grandes masas; entonces entró en juego la artillería, que hizo verdaderos estragos entre los moros.

El día 17, las tropas indígenas efectuaron una *razzia* en Samsa, poblado importante situado a tres kilómetros de Tetuán, cuyos moradores habían hostilizado a nuestros soldados en las jornadas del 11 y del 12. El poblado quedó reducido a cenizas y las fuerzas indígenas se apoderaron de un gran botín de armas, cabezas de ganado y gallinas.

El día 18, realizóse una operación de conjunto contra el Zoco-el-Arbaa, operación en la que el enemigo tuvo numerosas bajas y que fué de gran importancia por el efecto moral producido en los moros al ver que nuestras tropas llegaban al zoco, adonde no creían que pudiesen llegar. El mismo día, el crucero *Reina Regente* recorrió la costa bombardeando varios poblados de la cabila de Anyera.

El día 19, las fuerzas que ocupan la posición de Laucién hicieron una excursión por los territorios de las cabilas de Uad-

Ras y Beni-Ider, recorriendo sin resistencia los poblados, que fueron castigados duramente. Al mediodía, las columnas encontraron en la parte de Anyera numerosos contingentes enemigos, que trataban de oponerse a su marcha. Empeñóse un reñido combate que terminó con un enérgico ataque que puso en fuga a los moros; éstos tuvieron numerosas bajas, de las cuales 22 muertos fueron abandonados en el campo de batalla; las nuestras consistieron en dos oficiales y cinco soldados muertos; un jefe, tres oficiales y catorce soldados heridos y dos oficiales contusos. El efecto de esta operación debió ser grande, pues los moros no se atrevieron a hostilizar a nuestras tropas cuando éstas regresaron a la posición de Laucién.

Los días 20 y 21 transcurrieron sin novedad; el 22, el general Primo de Rivera dirigióse hacia Dar-Ben-Carrich, trabando un duro combate con los moros, que resultaron rudamente castigados y tuvieron muchas bajas; nuestras fuerzas tuvieron dos muertos y treinta y cuatro heridos.

El día 23, la columna del teniente coronel de Alcántara, que opera en el territorio de La-

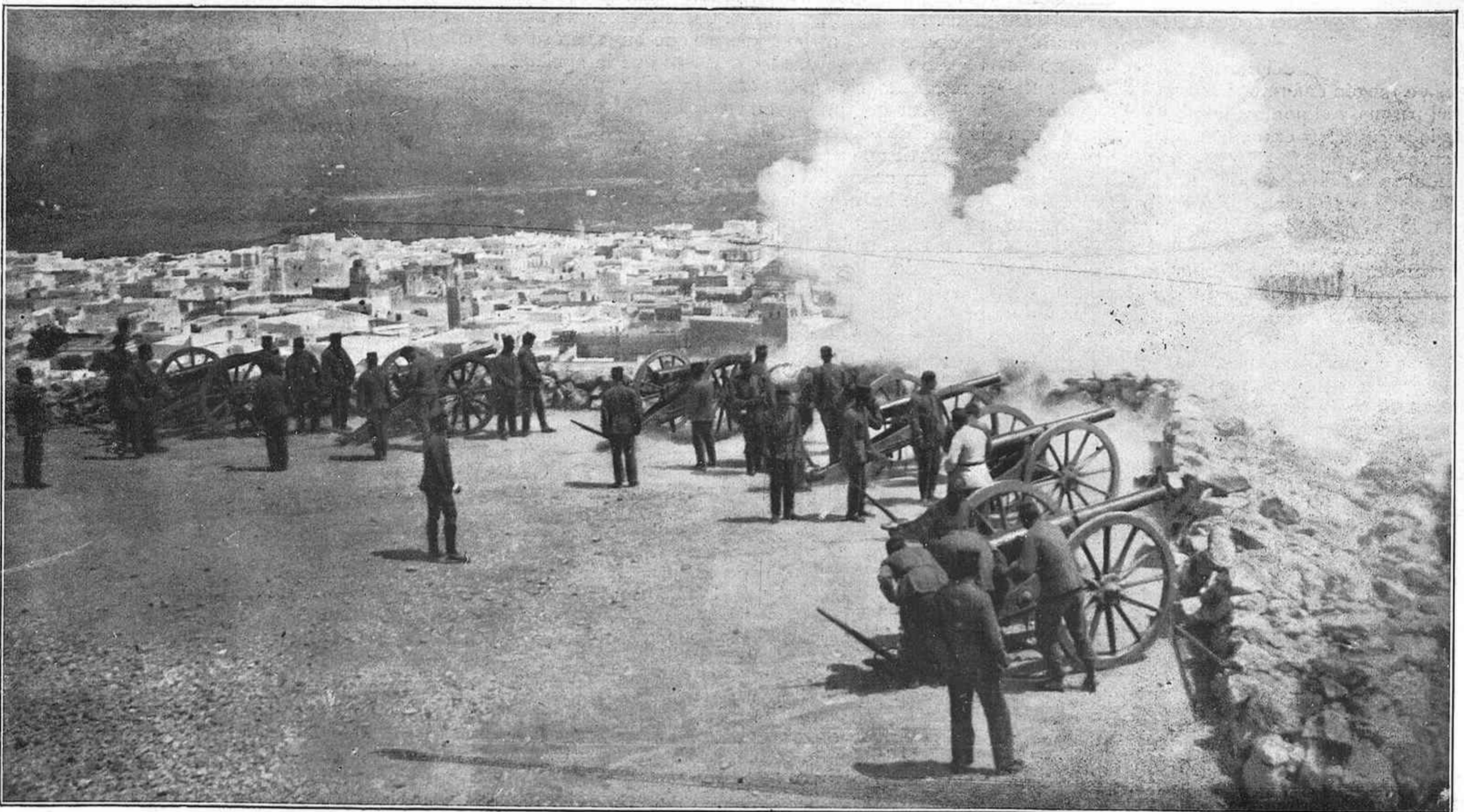
rache, realizó una marcha desde T'Zenín a T'Zelatza, habiendo pernoctado en este último punto, después de haber rechazado completamente al enemigo. Al día siguiente, prosiguió su avance hacia Alcázar.

El día 24 llevóse a cabo en la zona de Tetuán una operación importantísima, cuyo objetivo era entorpecer y evitar la concentración de los grandes núcleos del enemigo que, reunidos en gran número, pudieran intentar algún golpe de mano en nuestra extensa línea. Concentradas en Laucién las fuerzas necesarias, organizáronse tres columnas que marcharon hacia Dar-Ben-Carrich, en donde se encontraron con un enemigo numeroso que se defendió a la desesperada; fué inútil, sin embargo, su resistencia, pues nuestras tropas le atacaron con delirante ímpetu, arrollándolo en toda la línea.

No es posible calcular las bajas de los moros, que debieron ser enormes; las nuestras fueron tres oficiales y treinta y tres soldados muertos, y un coronel, tres oficiales y cuarenta y siete soldados heridos. - R.



El comandante general de la zona del Garb Sr. Fernández Silvestre, recientemente ascendido a general por sus brillantes servicios prestados en Marruecos. (Fotografía de Asenjo.)



Tetuán. - Baterías emplazadas en la Alcazaba destruyendo los poblados moros. (De fotografía de Antonio Rectoret.)

D. MANUEL LÁINEZ

Procedente de Madrid y de paso para Buenos Aires, y acompañado de su distinguida esposa, ha permanecido algunas horas en Barcelona el ilustre hombre público y periodista argentino D. Manuel Láinez, quien acaba de cumplir una alta misión que le confió el gobierno de su país cerca de los gobiernos de Francia e Italia.

La circunstancia de haber estado tan poco tiempo en nuestra ciudad ha sido causa de que no se le tributasen los obsequios de que, en otro caso, habría sido objeto. Únicamente pudo celebrarse en el consulado argentino una recepción en su honor, a la que asistieron el general Weyler, el secretario del Gobierno civil en representación del gobernador, el alcalde accidental, el delegado de Hacienda, los cónsules de algunas repúblicas americanas y otras distinguidas personalidades.

A su llegada a Barcelona, los señores de Láinez fueron recibidos por el cónsul general de la República Argentina y el personal a sus órdenes, el



Barcelona. - Llegada al Apeadero del Paseo de Gracia del ilustre hombre público y periodista argentino D. Manuel Láinez, acompañado de su distinguida esposa (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

senador Sr. Rahola, el presidente de la Casa de América y varios individuos de la colonia argentina.

Rubén Darío, hablando de D. Manuel Láinez, ha escrito: «Treinta y cinco años de luchas de prensa son tarea que, completada con ocho de labor senatoria, han formado la base fuerte en que se afirma una figura prestigiosa, un varón egregio, a quien ha podido hacer este no prodigable elogio otro maestro del periodismo, Mariano de Vedia: «Hombre de pensamiento y hombre de lucha, os trazasteis un programa y lo realizasteis por vos mismo...» Se inició de joven en la diplomacia, mas no era para él el rumbo de la carrera... Era en el campo periodístico donde encontraría su verdadero ambiente y en donde debía lograr, paso por paso, su bastón de mariscal. *La Tribuna*, *La Tribuna Nacional* y sobre todo *El Diario* que fundara y dirigiera con su espíritu y alientos, han sido los órganos en que ha hecho vibrar el más flexible, sólido y agudo de los talentos, haciéndose considerar, temer y aplaudir.»

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

ATLANTICOS. ANTOLOGÍA DE POETAS PORTUGUESES. Traducción catalana de Ribera y Rovira. - Contiene este libro, que forma parte de la Biblioteca Popular de «L' Avenç», hermosas poesías de Almeida Garret, Joao de Deus, Anthero de Quental, Lopes Vieira, Eugenio de Castro, Guedes Teixeira, Guerra Junqueiro, Gomes Leal, Teixeira de Pascoaes y otros famosos poetas portugueses de los últimos años del siglo pasado y de los primeros del presente, admirablemente traducidas por el Sr. Ribera y Rovira. Un tomo de 140 páginas; precio, 50 céntimos.

ALAÍN Y VANNA, novela histórica por Reynés Monlaur, traducción de Angel Ruiz y Pablo. - Constituye esta encantadora novela un cuadro de la vida monástica y palaciega en plena época medioeval y en ella el interés de la narración de los ideales amores de Alaín y Vanna hallase avalorado por la viva y poderosa evocación de la Francia de los gloriosos tiempos de San Luis. Las figuras de éste, del abad Richard y de los dos protagonistas están admirablemente trazadas. La traducción, del Sr. Ruiz y Pablo, es esmeradísima, y las ilustraciones, de Juan Vila, son correctas y tienen todo el sabor de la época. Un tomo de 208 páginas que forma parte de la Biblioteca Emporium, con tanto éxito editada en esta ciudad por Gustavo Gili; precio, 2 pesetas en rústica y 3 encuadernado en tela inglesa.

A JUAN MONTALVO, por L. Pallarés Arteta. - Inspirada oda dedicada al ilustre escritor ecuatoriano, fallecido en París en 1889, que entre sus obras cuenta con el hermoso libro *Capítulos que se le ovidaron a Cervantes*, verdadera joya de la literatura hispano-americana. La composición del Sr. Pallarés, correspondiente de la Real Academia Española, que se insertó en la *Revista de América*, de París, ha sido publicada en un folleto de 16 páginas impreso en Madrid en la tipografía «Sucesores de Rivadeneyra».

UN CRÍTICO ESPAÑOL EN ALEMANIA. DOCTOR DON PEDRO DE MUJICA, por R. Monners Sans. - Notable discurso leído en el Ateneo Hispanoamericano de Buenos Aires, el 27 de diciembre de 1912, por nuestro querido colaborador y distinguido publicista Sr. Monner Sans. Es un estudio concienzudamente hecho del Dr. D. Pedro de Mujica, crítico profundo y filólogo eminente, que desde hace diez y seis años desempeña la cátedra de Castellano en el Seminario de Lenguas Orientales de Berlín y desde seis en la Escuela Superior de Comercio de la misma capital. Un folleto de 20 páginas, impreso en Buenos Aires en la casa Alfa y Omega.

EL CERDO, por Rafael Salavera y Trias. - Para dar una idea de la importancia y utilidad de este libro, bastará decir que en él se describen y estudian la historia del cerdo, sus caracteres zoológicos, sus razas, su reproducción y multiplicación, sus enfermedades, las pocilgas, las operaciones de la matanza, las substancias que se obtienen del cerdo, la confección de embuchados, morcillas, salchichas, salchichones, chorizos, cervelás, etc., y de numerosos guisos a base de la carne del cerdo y de los distintos preparados que con ella pueden hacerse. Un tomo de 304 páginas con varios grabados, editado en Barcelona por Francisco Puig; precio, 5 pesetas.

SOR AZUCENA, por Jesús R. Coloma. - Es ésta una buena novela, así por su fondo como por su forma; en ella se describe con perfecta exactitud un medio ambiente, con sus preocupaciones, sus pasiones dominantes, sus defectos y sus virtudes y el autor ha profundizado en la entraña de una parte de la sociedad contemporánea sin debilidad, pero también sin saña, poniendo de manifiesto las almas tales como son y como las ha ido forjando la vida. En cuanto a la forma, la acción se desenvuelve lógicamente y con interés creciente siempre, sin efectismos artificiosos, antes al contrario, con entera naturalidad. Un tomo de 162 páginas, que forma parte de la Biblioteca Patria que con tanto éxito se publica en Madrid; precio, 1 peseta.

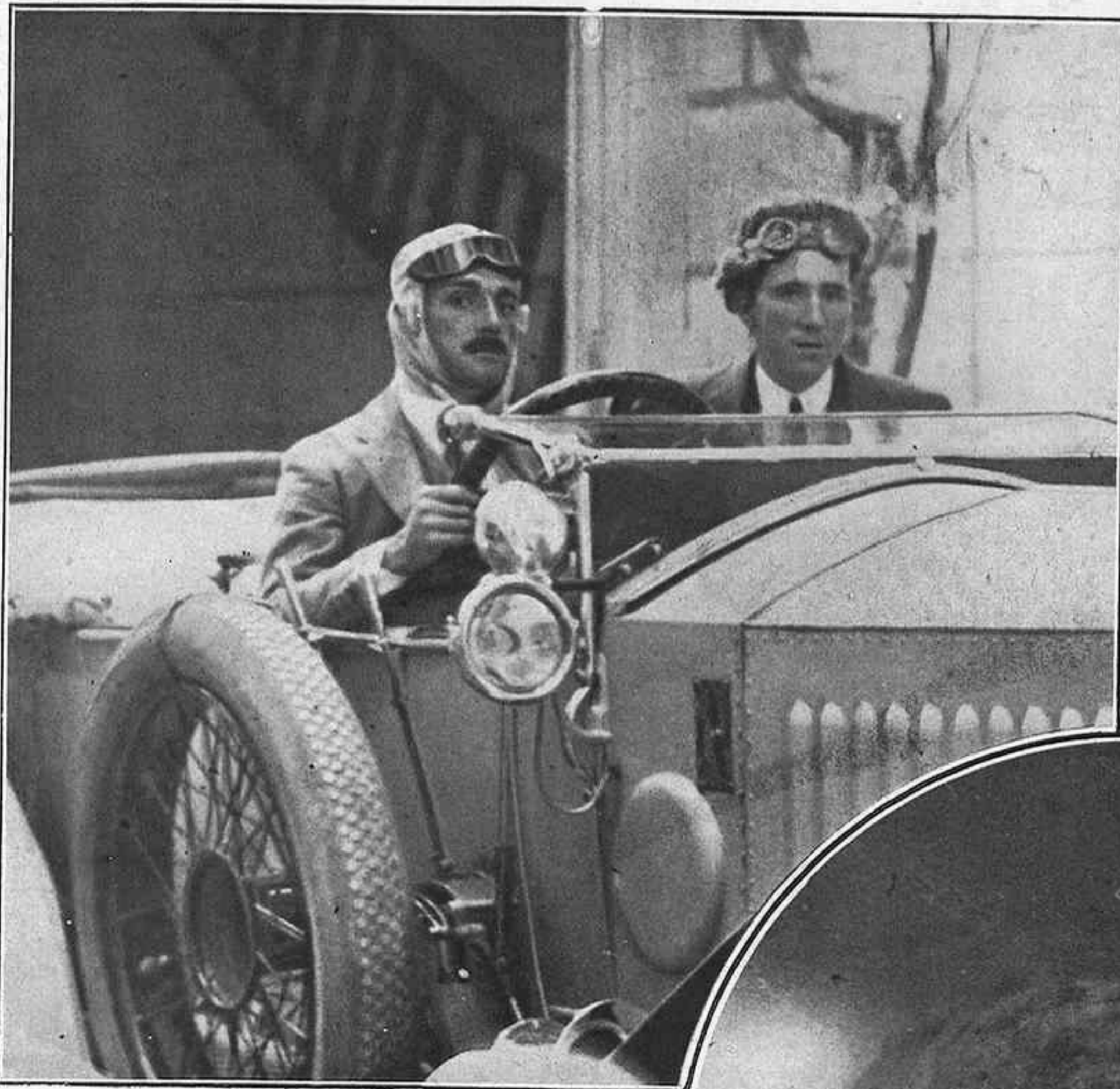


Lo mejor para el pelo
DETROLEO GAL



A. Ehrmann

MADRID. - CARRERA DE AUTOMÓVILES. EL CIRCUITO DEL GUADARRAMA. (Fotografías de Vidal.)



D. Carlos Salamanca que, tripulando un Rolls-Roice ganó el primer premio

El domingo, día 15 de este mes, efectuóse la carrera de automóviles del circuito del Guadarrama, que interesó grandemente no sólo a los *sportmen* y a los numerosos aficionados al automovilismo, sino también al público en general.

El circuito era difícilísimo, pues además de haber en él 70 kilómetros de subida y 30 de bajada, ofrecía grandes vueltas en Navacerrada, y comprendía una longitud de 103 kilómetros divididos en las siguientes secciones: La Granja a Valsain; Valsain al Alto de Navacerrada; Alto de Navacerrada al cruce con la carretera de Madrid a la Coruña; cruce con la carretera a Guadarrama; Guadarrama al Alto de León; Alto de León a San Rafael; San Rafael a Revenga; Revenga a Segovia y Segovia a La Granja. Fué admirablemente organizado por el Real Automóvil Club, cuyos presidente y secretario, conde de Peñalver y Sr. Resines, trabajaron sin descanso, dando pruebas de iniciativa e inteligencia excepcionales. Todas las previsiones habían sido tenidas en cuenta y adoptadas todas las precauciones: vigilancia exquisita de la carretera, señales de peligro en los puntos convenientes, puestos de socorro de la Cruz Roja en los puntos estratégicos, instalaciones radiotelegráficas y radiotelefonías, etc., etc.

Los premios que se disputaban eran dos en metálico: primero, gran premio de 20.000 pesetas del Real Automóvil Club; y segundo, de 5.000 pesetas, del mismo. Además había las copas de S. M. el Rey, de SS. AA. RR. los infantes D.^a Isabel y D. Carlos, de los ministerios de la Guerra y de Fomento, del Ayuntamiento de Madrid, del Casino, de la Gran Peña, del conde de Peñalver, del duque de Zaragoza, de los Sres. Desmarais hermanos y Mestre y Blatzé y otros valiosos premios de los Sres. Deutsch y C.^a, Fourcade y Provost y de varias casas constructoras de neumáticos.

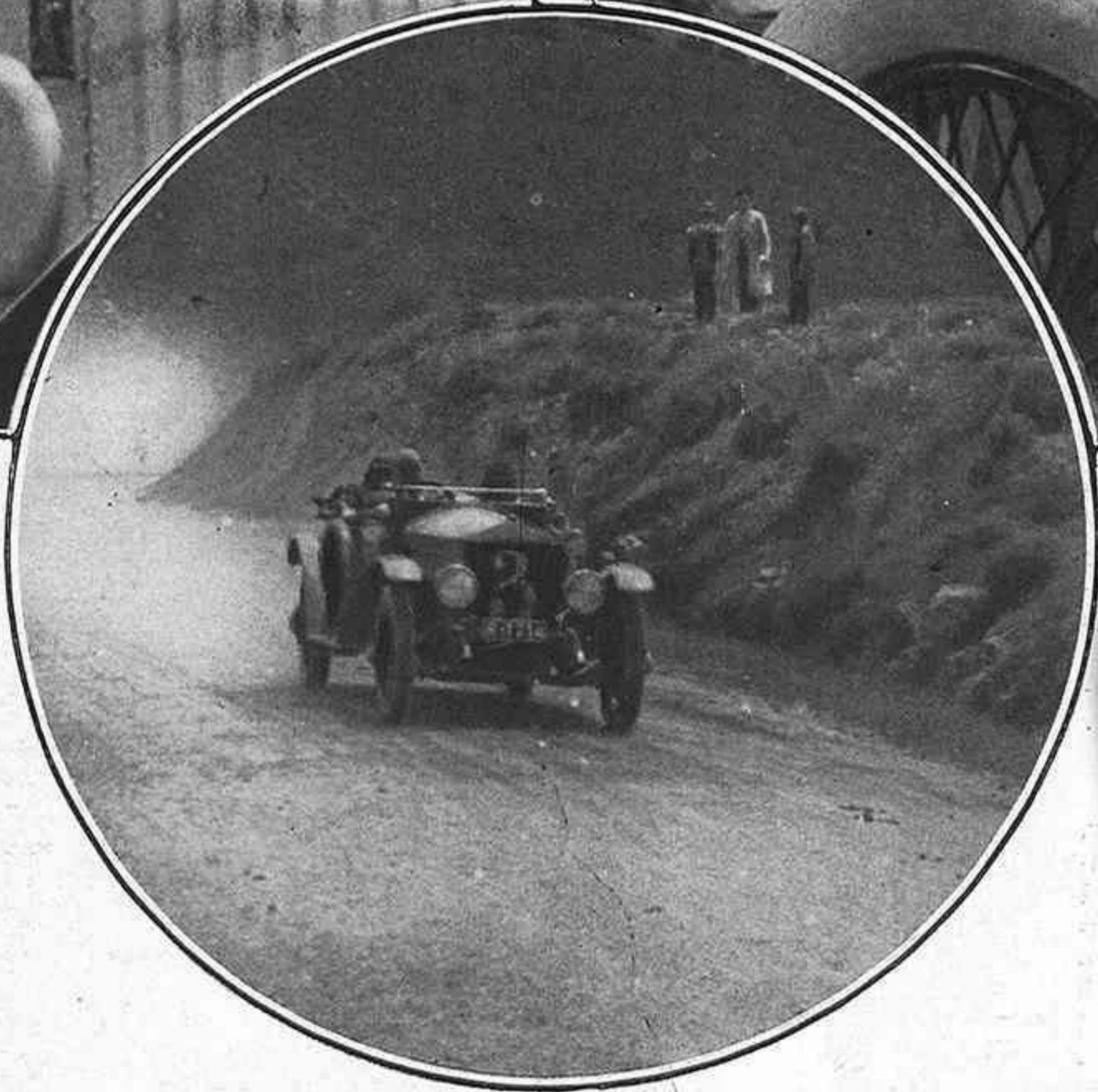


El marqués de Aulencia, que tripulando un Lorraine-Dietrich, ganó el segundo premio.

La carrera fué presenciada por la Real Familia desde una tribuna levantada en las inmediaciones de La Granja. S. M. el Rey, acompañado de los príncipes D. Felipe y D. Raniero, del marqués de Viana, del conde de Riudoms y del Sr. Quiñones de León, todos a caballo, estuvo primero en Valsain, luego en la carretera de Segovia y finalmente en la tribuna regia.

A las diez y trece minutos dióse la salida al primer automóvil, un Schneider tripulado por el marqués de Ugena, y sucesivamente, de cinco en cinco minutos, fueron saliendo los demás por el orden siguiente: Rolls-Roice, tripulado por Plattford; Humber, por D. Manuel San Román; Clement-Talbot, por Nedge; Mercedes, por el duque de Zaragoza; Mercedes, por D. Angel Santibañez; Opel, por D. Juan R. Manzano; Delaunay, por el Sr. García Ocaña; Panhard, por D. Leoncio Garnier; Schneider, por D. José Toda; Panhard, sin válvulas, por D. Julio Labayen; Lorraine-Dietrich, por el marqués de Aulencia; Rolls-Roice, por D. Carlos de Salamanca; Dió-Boutón, por el marqués d'Avaray; Dió-Boutón, por el marqués de San Carlos del Pedroso; Dió-Boutón, por D. Arsenio Cebrián; y Minerva, por el conde de Patilla.

La carrera se efectuó con toda felicidad y los premios fueron adjudicados en la forma siguiente: primer premio de 20.000 pesetas, copa de S. M. el Rey, copa del Ayuntamiento de Madrid, copa del presidente del Automóvil Club y copa del duque de Zaragoza, a D. Carlos de Salamanca; segundo premio de 5.000 pesetas, copa de S. A. la infanta D.^a Isabel y copa de la casa Desmarais, al marqués de Aulencia; copa de S. A. el infante D. Carlos, a Mr. Plattford; copa de la casa Mestre y Blatzé, al marqués d'Avaray; copa del Casino de Madrid, a D. Juan R. Manzano; copa del ministerio de Fomento y 1.000 pesetas de la casa Deutsch, al Sr. Santibañez; copas de la Gran Peña y del ministerio de la Guerra, al conde de la Patilla.



El automóvil Rolls-Roice, tripulado por Mr. Plattford, que ganó el tercer premio

Reino de Sajonia.
Technikum Mittweida.
Director: Profesor A. Holz.
Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas. Secciones espec. p. ingenieros y técnicos. Laboratorios electrotécnicos y mecánicos. Talleres para la instrucción práctica. Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes. Programa etc. gratis de la secretaria.

DICCIONARIO
de las lenguas española y francesa
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA
Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

FÁBULAS DE LA-FONTAINE

Nueva traducción debida á D. Teodoro Llorente, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de Gustavo Doré. — Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadernado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

PÍDASE PROSPECTO J.A.

LEITZ

GEMELOS PRISMÁTICOS
PARA
EJÉRCITO Y MARINA
VIAJE Y SPORT
TEATRO Y CAZA
SE VENDEN EN TODOS LOS
ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR
E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PİLIVORÉ. DUSSER, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN